¡Si yo tuviera dinero!

15

¡SI YO TUVIERA DINERO!

Angel Bueno Arias

36.

OBRAS DRAMATICAS DE EUSEBIO BLASCO.

La antigua española.
La mujer de Ulises. (4. ed.)
La tertulia de confianza.
El jóven Telémaco. (4.ª ed.)
Un jóven audaz. (4.ª ed.)
El amor constipado. (2.ª ed.)
El vecino de enfrente. (3.ª ed.)
La suegra del diablo.
Pablo y Virginia.
Los novios de Teruel.
Los caballeros de la tortuga.
El oro y el moro.
Los progresos del amor.
La señora del cuarto bajo.
El pañuelo blanco. (3.ª ed.)
No la hagas y no la temas. (2.ª edicion.)
La mosca blanca.
Los dulces de la boda.
La córte del rey Reuma.
La niñez engañosa.
La humanidad doliente.
El miedo guarda la viña.
La Rubia.
El baile de la Condesa.
Pascuala.
La procesion por dentro.
Parientes y trastos viejos.
Levantar muertos (1).
El anzuelo.
Jugar al escondite.
Hablemos claro.
Los niños y los locos...
La rosa amarilla.
De prisa y corriendo (2).
Juan García.
Pobre porfiado.
Las niñas del entresuelo.
El baston y el sombrero.
Soledad.
Ni tanto ni tan poco.
Buena, bonita y barata.
El primer galan.
Moros en la costa.
Todo por el arte.
¡Si yo tuviera dinero!

LIBROS.

Obras festivas en prosa.—Cuentos alegres.—Madrid por dentro y por fuera (3).—Una señora comprometida (2.ª edicion.).—Esto, lo otro y lo de más allá.—Soledades. (Poesías.)—Flaquezas humanas, cuentos y relaciones. — Noches en vela. poesías.

---

(1) En colaboracion con D. Miguel Ramos Carrion.—(2) Idem.
(3) Obra en colaboracion con los principales escritores.

¡SI YO TUVIERA DINERO!

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

EUSEBIO BLASCO.

Representada por primera vez en el Teatro de la COMEDIA el 22 de Diciembre de 1879.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1880.

PERSONAJES.		ACTORES.
AURORA	Sras.	Tubau.
DOÑA ESCOLÁSTICA		Valverde.
MANOLITA		Gorriz.
RAMONA		Calmarino.
DON ANICETO	Sres.	Mario.
EL CONDE		Ballesteros.
FERNANDO		Aguirre.
PEPE		Viñas.
ANDRÉS		Rubio.
UN CARPINTERO		La Hoz.

Angel Bueno Arias

ACTO PRIMERO.

Comedor modesto. Ramona y Andrés están poniendo el mantel, y conforme van hablando, colocan todo hasta quedar la mesa puesta. Aurora habla asomando la cabeza por la puerta izquierda y retirándose.

ESCENA PRIMERA.

RAMONA, ANDRÉS, AURORA, dentro.

RAMONA. Hay que poner cuatro cubiertos. (Están poniendo la mesa.)
AND. Quién va á comer?
RAMONA. Doña Escolástica...
AND. Ah!
RAMONA. Y el señorito Pepe.
AUR. (Asomando puerta izquierda.) Ramona!
RAMONA. ¿Señorita?
AUR. Al señorito Pepe le pones el cubierto junto al mio.
RAMONA. Eso... usted es quien le ha de decir que se siente ahí.
AUR. Es verdad. (Se oculta.)
AND. Y á doña Escolástica, dónde la pondremos?
RAMONA. Á la derecha del amo.
AUR. (Asomando.) ¿Habeis traido el ramo de flores?
AND. ¡Vaya!

RAMONA. Aquí está. (Lo coge del aparador y lo lleva á la mesa.)

AUR. Colocadlo bien en medio de la mesa, ¿eh?

RAMONA. No tenga usted cuidado, que hoy ha de estar la mesa que dé apetito verla.

AUR. (Asomando.) ¿Estuvo el señorito Pepe esta mañana?

RAMONA. El primero que dió los dias á su tio de usted fué él.

AUR. No, que yo se los dí anoche.

RAMONA. ¿Anoche?

AUR. Al sonar las doce.

AND. Pues yo se los dí á las ocho, al entrarle *El Imparcial.*

RAMONA. Y yo cuando le serví el chocolate.

AUR. ¿No os ha dado nada?

AND. ¡Ya lo creo! Á mí veinte reales.

RAMONA. Y á mí otros veinte.

AND. Y á usted, señorita?

AUR. (Sale poniéndose un alfiler en el vestido y con otro en la boca.) Á mí todavía no, pero todos los años me regala algo.

RAMONA. Ello vendrá.

AND. No, lo que es al señor no le duele el dinero.

RAMONA. Así fuera rico como es generoso.

AUR. Trae las aceitunas. (Les ayuda á poner la mesa.)

AND. Tome usted. (Trayendo una conchera del aparador.)

AUR. Esto hay que colocarlo así, con simetría. Tú nunca has tenido simetría, Ramona.

RAMONA. No señora; gracias á Dios, nunca he hecho cama.

AUR. Trae el salchichon. (Andrés ó Ramona traen otra conchera.) Las sardinas. (Id.) Esto es. Aquí mi señor tio, á su derecha doña Escolástica.

ESCENA II.

DICHOS, DOÑA ESCOLÁSTICA con un paquete, foro.

ESC. ¿Quién se acuerda de mí?

TODOS. Hola!

ESC. Cómo va desde anoche?

AUR. Perfectamente; y usted?

ESC. Así ando. Este ojo me ha dado una noche...

RAMONA. Á ver? Si está muy bien!

ESC. Yo bien sé lo que es. Me disgusté ayer con el inquilino de mi casa de la calle del Perro, y en seguida... mujer, mira que es particular, en cuanto me desazono, me llora el ojo!

AND. Irritacion.

ESC. No sé lo que es, pero no puedo tener un disgusto. ¿Y el beneficiado?

AUR. Todavía no ha venido; ha ido á pedir permiso á sus jefes para no ir hoy á la oficina.

ESC. Toma; guarda eso por ahí. (Dándole el paquete á Aurora.)

AUR. Ay! Qué es? Un regalo para mi tio!

ESC. Es claro; son sus dias; y ademas, anoche le gané once reales á la lotería .. Once quinas hice.

AND. Yo, en cambio, perdí siete perros. Al perro flaco todo son pulgas.

ESC. Á ver si les gusta á ustedes.

AUR. Á ver, á ver! (Quita un papel.)

RAMONA. Ay! Déjeme usted, señorita: qué será? (Quita otro papel.)

AUR. Otro papel? Ay, hija, los comerciantes envuelven las cosas... Dame. (Quita otro.)

AND. ¿Todavía? Déjeme usted, por Dios! (Quita otro.)

ESC. ¡Vaya! Lo enseñaré yo. Venga. (Quita el último papel y aparece un gorro de seda con borla, bordado de muchos colores.)

RAMONA. Ay, un gorro!

AUR. ¡Qué bonito!

AND. ¡Qué precioso!

ESC. Hecho por mí.

AUR. Muy bonito, verdad?

ESC. La borla sola me ha costado treinta reales.

AUR. Envolverlo para que él tenga la sorpresa.

ESC. (Quitándose la mantilla.) Y tú, que le has regalado, Aurorita?

AUR. Yo, pobre de mí, con lo que he ido ganando á la lotería por las noches y unos cuartitos que yo tenía, le he

comprado una relojera y se la he puesto á la cabecera de la cama.

Esc. ¡Vamos!

Ramona. Es un zapatito de terciopelo, más mono!...

And. Don Aniceto es digno de que se le quiera... á pesar de que es un poquillo avaricioso.

Esc. Es muy digno de que se le quiera.

Aur. ¡Vaya! (Con intencion.)

Esc. ¡Maliciosos!

Aur. Si todos sabemos que pronto va usted á ser mi tia...

Esc. Jé! jé! Todo pudiera ser!

Ramona. Pues el señor no hace secreto de eso. ¿Y qué? Si se *quién* ustedes, no son ningunos viejos, y todo se andará.

Esc. Mire usted que tener un ojo lloroso en un dia como este... (Yendo á mirarse al espejo.)

Ramona. Ahí tiene usted á la señorita que tambien se va á casar.

Aur. ¡Quién sabe!

Esc. Con Pepito! Es un buen chico. Trabajador, activo; si señor, te conviene; lo malo es que no tiene un cuarto.

Aur. Eso dice mi tio, y por eso no se ha decidido él á pedirme; pero ¿verdad que eso no importa?

Esc. Vaya si importa, hija. Una mujer sin dinero, siendo honrada, ¿qué puede esperar más que morirse de hambre?

Aur. No, pues usted de hambre no se muere.

Esc. Como tarde tu tio, sí, porque estoy con un triste chocolate.

Ramona. Triste?

Esc. Claro! Sin leche!

ESCENA III.

DICHOS, PEPITO, por el fondo.

Pepe. Buenos dias.

TODOS. ¡Pepito!

ESC. Hola! De usté estábamos hablando.

PEPE. ¿Qué tal desde ayer? (¿Me quieres?) (*Ap. á Aurora.*)

AUR. (Mas que á mi vida!)

PEPE. Á ver, Ramona, venga usted á recoger esto que trae un mozo.

RAMONA. Ay, otra cosa!

AUR. ¿Qué traes?

PEPE. Ande usté, mujer!

AUR. Ay! qué será?

ESC. Vamos á ver!... (*Vuelven Pepe y Ramona, ésta trae una tarta en un plato.*)

PEPE. Eh?

TODOS. Qué rico!

AUR. Ay! con un Cupidito tembloroso encima!

ESC. Ay que mono!

AUR. Un Cupidito! Esto es una alegoría, Ramona.

RAMONA. Tampoco he tenido nunca alegorías.

ESC. Ponedlo aquí, en la mesa.

RAMONA. Cómo le va á gustar!

PEPE. Toma una ciruela, Aurora!

AUR. Ay, no empezarlo hasta que venga el tio; no quiero!

ESC. No, tiene razon; déjenos usted ahora de ciruelas!

RAMONA. Hoy reviento yo! (*Comiéndose un dulce.*)

AND. (*Saliendo con dos tarjetas.*) Aquí traen esto, de arriba.

AUR. Ah, las tarjetas del conde y de su hija.

PEPE. ¡De los antipáticos!

AUR. Hombre no, no seas mal hablado. Unos vecinos cariñosos...

ESC. Un conde tronado.

AUR. Bien, y qué?

ESC. Un conde que tiene que estar empleado en una oficina! Y la niña hablando siempre de sus relaciones y de sus pergaminos... Mas le valía comprarse otro sombrero y quitarse ese tranvía que lleva en la cabeza!

AUR. Pues es una muchacha muy elegante.

ESC. En cuanto la veo me llora el ojo!

PEPE. Ya sé yo por qué, pero no tenga usted cuidado.

AUR. ¿Por qué?

PEPE. Porque á don Aniceto no le gusta. Vamos, si usted ha de ser nuestra tia!...

ESC. Ay, Pepe! No me lo hará usted bueno.

RAMONA. ¡Ahí viene el amo!

PEPE. Vamos á recibirle como el año pasado.

ESC. Sí, sí, una ovacion.

AUR. Con la marcha real, como el año pasado.

PEPE. Sí, sí, ven, Andrés, anda, Ramona!

ESCENA IV.

DICHOS, D. ANICETO. Van todos á la puerta y cantan á coro la marcha real. D. Aniceto entra cargado de paquetes. La marcha acaba con una carcajada general y le abrazan todos.

PEPE. ¡Viva don Aniceto!!

TODOS. Viva, viva!

ANIC. Gracias, amado pueblo, gracias! Jé! jé! Qué pronto se ha pasado un año! Vamos á ver, venga una silla! (Le ponen una silla en medio del proscenio.)

AUR. Ay! cuántas cosas trae!

ANIC. Vamos por partes. (Sentándose.)

AUR. Eso digo yo. Espere usted!

ANIC. Qué pasa? (Aurora trae el gorro y se lo enseña.)

AUR. El regalo de doña Escolástica.

ANIC. Muy bonito, doña Escolástica.

ESC. Aguarde usted, que se lo voy á probar! (Se lo pone.)

TODOS. Ay, qué bien le está!

RAMONA. El regalo del señorito Pepe. (Trayendo la tarta.)

ANIC. Hombre, bien! Esto es muy bueno para mí que tengo las muelas picadas. Muy rico!

RAMONA. El regalo de Andrés. (Trayendo una botella.)

ANIC. Andresillo! Pero, hombre, por qué te has gastado el dinero! (Aurora se va corriendo por la puerta izquierda.)

AND. (Pues para qué sisa uno?)

RAMONA. El mio. (Dándole una corbata.)

ANIC. Ah, buena Ramona! Jé! jé!

AUR. Y el mio! (Viniendo con la relojera.)

ANIC. Hija de mi vida! Vamos, si esto da gozo!... si como la familia no hay nada! Doña Escolástica, hay que tener familia.

ESC. Hombre, por Dios, no hable usted así delante de los niños!

ANIC. Ea! Pues ahora me toca á mí. Un sombrero para mi sobrina. (Dándole una caja de carton.)

AUR. Uy! Qué bonito! (Sacando el sombrero.)

RAMONA. Qué cosa más divina!

PEPE. Póntelo, anda!

ANIC. Esperar, esperar! Doña Escolástica, usted me permitirá que la ofrezca un pequeño recuerdo...

ESC. Tambien para mí!... (D. Aniceto le da una caja.)

TODOS. Un abanico! (Abriéndola y sacando el abanico.)

ANIC. De plumas!

ESC. Magnífico!

ANIC. Para usted, Pepito, una pipa. (Dándole una pipa.)

PEPE. Una pipa!

ANIC. Y muy bonita. ¿Ve usted? Es el retrato de Gambetta.

PEPE. Ay, sí!...

ANIC. De modo que pone usted ahí el cigarro y tiene usted toda una alegoría. Gambetta fumándose la Francia.

TODOS. Já! já! já!

ANIC. Venid acá vosotros, que ya no sois criados ni nada. Unos criados que juegan á la brisca con el amo y le aconsejan en los negocios, bien merecen lo que ahora les traigo.

LOS DOS. ¿Qué es?

ANIC. ¡Dinero! Dos libretas de la Caja de Ahorros; os he puesto quinientos reales á cada uno.

RAMONA. Quinientos reales!

ANIC. Con eso ya teneis la base de un ahorro más grande. Vais añadiendo cada domingo un par de duros, y á la

vuelta... á la vuelta de ochenta años... teneis treinta mil reales.

RAMONA. Á la vuelta de ochenta años!

AND. Te vendo mi parte.

ANIC. Conque... me parece que ha llegado el momento de hacer por la vida!

ESC. Es usted un hombre angelical!

ANIC. ¿Se lo parezco á usted?

PEPE. Y á todos!

AUR. (Hoy le pides mi mano.)

PEPE. (Hoy sin falta!)

ANIC. (Un poco averiadilla está, pero tres casas en Madrid no se tienen de bóbilis bóbilis.

AUR. Voy á guardar todo esto. Venga usted; en seguida salimos. (Á Doña Escolástica. Se van.)

ANIC. Sí, no tardar: el almuerzo, Ramona.

RAMONA. Quinientos reales, Andrés... (Vánse los dos.)

ESCENA V.

DON ANICETO, PEPE.

PEPE. Ah! Se me olvidaba! (Sacando dos décimos de lotería.)

ANIC. ¿Qué?

PEPE. En qué quedamos anoche?

ANIC. Ya, sí, lo de la lotería.

PEPE. Con lo que ganamos á medias en la lotería que jugamos aquí, habíamos de tomar dos décimos: la nacional sale hoy á las doce.

ANIC. Y no encontró usted ya...

PEPE. Sí señor; compré los décimos á un chico y aquí los tiene usted. (Dándoselos.)

ANIC. Á ver... trescientos ocho: no me disgusta. Guárdelos usted.

PEPE. No, no, guárdelos usted, de ninguna manera!

ANIC. Pues guardemos uno cada uno y no hay necesidad de apuntarlo... Mire usted que si dentro de media hora

tuviéramos cada uno seis mil durejos.

PEPE. Puede ser que tuviéramos seis mil disgustos.

ANIC. Observo, Pepito, que habla usted del dinero con cierto despego.

PEPE. Porque yo creo que se puede ser rico con poco...

ANIC. No estoy conforme.

PEPE. Hay tantas cosas que valen más que la riqueza!... Yo, ya ve usted, no tengo más que mi sueldo en el hospital militar, y sin embargo, me considero dichoso.

ANIC. ¡Cómo se conoce que tiene usted veinticinco años!

PEPE. Yo he observado que la historia y la opinion nos hablan de los reyes magnánimos, de los conquistadores generosos, de los poetas inspirados, de los artistas creadores. De Alejandro, no ha quedado la fortuna, sino el nombre; Miguel Ángel ha dejado estátuas, no talegos de oro; un libro el Dante, no una herencia material; quedan los chistes de Quevedo, como capital de alegría heredado por los tristes; y los Ángeles de Murillo como reflejo de aquella fé que los produjo. La inpiracion no se compra; la abnegacion no se vende; el amor no se adquiere á precio fijo; la virtud, ni se gana ni se hereda; se siente y se practica: desengáñese usted, señor don Aniceto, se puede ser muy pobre, pero muy envidiado, muy grande, muy independiente; yo tengo aquí mi caja (*Señalando al corazon.*) y á esta no pueden llegar los ladrones.

ANIC. Todo eso es muy bonito; pero no me probará usted que las carabelas de Colon se compraron gratis, ni que el gran genovés llevó la gente á América por su buena cara. Los soldados de Alejandro supongo yo que no se mantendrían del aire. El gran Murillo no se bebería el barniz ni se comería los colores; y sin el dinero de Julio Segundo, Rafael no hubiera pintado sus lógias descansadamente. Se puede amar de balde, se puede ser virtuoso á costa de todo; pero desengáñese usted, señor don José, sin dinero no se puede vivir. Esto será muy amargo, pero es muy práctico, y yo lo que veo es que

otros con ménos méritos que yo, tienen más y no saben gastarlo.

PEPE. Me duele oirle á usted hablar así.

ANIC. Qué! Le parezco á usted interesado? Yo, amigo mio, vengo de abajo; todo lo que soy me lo debo á mi mismo; he trabajado mucho en este mundo, y al cumplir los cincuenta me encuentro conque no tengo mas que lo necesario, un sueldo de veinte mil reales y un porvenir de cesante aburrido.

PEPE. Y llora usted por lo supérfluo.

ANIC. No; deseo tener más para hacer lo que no hacen los que lo tienen; porque si yo tuviera dinero...

PEPE. Qué haría usted?

ANIC. Impulsar las artes, reformar las costumbres, fomentar el progreso, dar pan á los pobres y enseñar á los ricos.

PEPE. (Sonriendo.) Caramba!

ANIC. Pero me tengo que contentar con mi sueldo con descuento y mis ahorrillos que no son gran cosa.

PEPE. Dicen que pronto tendrá usted más.

ANIC. Hombre, creo que sí; y á usted se le puede hablar como á persona de la familia. Creo que me caso con E colástica.

PEPE. Me parece muy bien.

ANIC. Es una mujer jóven todavía.

PEPE. Claro!

ANIC. Fresca!

PEPE. Sí señor.

ANIC. Las gentes, es decir, ciertas gentes que no dejan en paz á nadie, dicen que si tuvo ó no tuvo yo no sé qué con un estudiante.

PEPE. Hombre!

ANIC. Pero no es verdad; á mí me han asegurado que no es verdad...

PEPE. ¿Quién?

ANIC. Ella!

PEPE. (Esto parece inocencia y es egoismo!)

ANIC. Chismes de amigas envidiosas.

PEPE. Entérese usted bien.

ANIC. La ven bien acomodada, su difunto era un hombre ahorrativo...

PEPE. Ella está bien.

ANIC. Para mí es gran boda.

PEPE. Como lo será la mia en otro sentido.

ANIC. La de usted?

PEPE. Sí, don Aniceto; hoy es dia de espansion, y usted ya sabe...

ANIC. Sí, hombre, sí, lo sé. (Riéndose y tocándole en el hombro.)

PEPE. Aurora me ama, yo la amo á ella...

ANIC. Perfectamente; pero mire usted, Pepe, con diez mil reales de sueldo que usted tiene, no hay para nada...

PEPE. Ya es tiempo de resolver...

ANIC. Si se muriera mi tio...

PEPE. Cómo?

ANIC. Sí, yo tengo un tio muy miserable y muy viejo, que vive en Alcázar de San Juan; dice que me dejará lo poquito que tiene, cuando se muera, pero no se morirá.

PEPE. ¿No?

ANIC. Ya verá usted cómo no se muere. No sirve para nada, y los que no sirven para nada no se mueren nunca. Yo calculo que todo lo que él me puede dejar serán unos cuatro ó seis mil duros, y con cuatro ó seis mil duros... se pueden hacer muchas cosas. En fin, esto es hablar por hablar: tenga usted un poquito de paciencia, que así que mi boda se haga pensaremos en la de ustedes. Si precisamente yo no sé decir que no á nada!

PEPE. Qué bueno es usted!

ESCENA VI.

ANICETO, PEPE, ESCOLÁSTICA, AURORA, primera puerta izquierda.

ESC. Vaya! almorzamos?

ANIC. Á la mesa! (Se sientan á la mesa.)

AUR. Á la mesa! (Ramona trae una cazuela de arroz.)

ANIC. ¿Cómo estamos de apetito?

ESC. Yo ya no veo.

ANIC. Ajajá! Venga ese arroz, porque supongo que hoy habrá el gran arroz.

RAMONA. Hoy hay de todo lo que á usted le gusta.

ANIC. Pues señor, ha llegado la ocasion de decir á ustedes... Doña Escolástica, no se ponga usted colorada.

ESC. Pero hombre, que cosas tiene usted!

ANIC. Á qué vamos á demorarlo más? Doña Escolástica y yo hemos resuelto casarnos!

TODOS. Brabo! bravo!

PEPE. Mil enhorabuenas!

ESC. Verdaderamente es un poco pronto; yo no llevo más que seis años de viuda y la verdad es, que mi pobre Salmon...

PEPE. Se llamaba Salmon el difunto?

ESC. Sí señor; y ustedes me perdonarán que lo recuerde, aunque parezca inoportuno...

ANIC. Mire usted, Escolástica, no le nombre usted ahora, eh? Hágame usted el favor.

ESC. No se enoje usted.

ANIC. No, si no que hoy hay salmon para almorzar y se me va á figurar que nos comemos al difunto: nada, no hablemos de eso; ello es que nos casamos y que en viniendo los documentos y demas... es cuestion de un mes ó mes y medio...

AND. (Saliendo por el fondo.) Señor, señor, ahí están los de arriba.

ANIC. El Conde?

AUR. Ay, el Conde!

AND. El señor Conde y su hija.

ESC. Vaya por Dios!

ANIC. Que pasen, que pasen en seguida.

ESC. No los reciba usted!

ANIC. Señora, por Dios! como no los he de recibir? Eso no es posible! (Va á la puerta con la servilleta en la mano.)

AUR. Verás que muchacha tan guapa.

ANIC. Adelante, señor Conde, adelante, pasen ustedes; estábamos almorzando, pero yo tengo mucho gusto...

ESCENA VII.

DICHOS, el CONDE, MANOLITA.

CONDE. Pero no se levante usted. (Desde la puerta.)

MAN. Nada, nos vamos!

ANIC. No faltaba más!

CONDE. Nada, si no se sienta usted no entro!

ANIC. Qué más da!

CONDE. Que no entro, no señor; hágame usted el favor de sentarse!

ESC. Siéntese usted, hombre!

ANIC. Vaya! pues tengan ustedes la bondad de tomar asiento. (Bajan y se sientan.)

MAN. (Á Aurora.) Cómo va?

AUR. Y usted, vecinita? (Queriendo levantarse.)

MAN. Sentada, sentada: no se levante usted!

AUR. Por Dios!

MAN. Si se levanta usted, me voy.

ESC. (Estoy por levantarme para que se vaya!)

ANIC. Vaya, vaya; qué visita tan agradable! Ah! permítame usted que... (Se me ha llevado el arroz!)

CONDE. Pero hombre, por Dios!

ANIC. Un instante nada más... La señora viuda de Salmon. El señor Conde de la Rinconada y su preciosa hija... Mi amigo don José Montero.

CONDE. Pero siga usted almorzando.

ANIC. (Ap. á Ramona.) (El arroz, que te lo has llevado!) Vaya, vaya con los vecinos!...

CONDE. No hemos querido dejar de dar á usted los dias personalmente.

ANIC. Como le agradezco á usted... (El arroz!) que se haya acordado...

MAN. Á pesar de que hoy era un dia ocupadísimo para nosotros.

ANIC. Ya lo creo! (El arroz!) Ustedes siempre...

MAN. Tenemos que ir á casa de mi tio el marqués de Perez... que tambien cumple años.

AUR. (No me pises, que se vé.) (Á Pepe.)

ANIC. Ah! el marqués de... (El arroz, estúpida.)

CONDE. Y ademas, la visita tenía doble objeto.

ANIC. (Ap. á Andrés.) (Abre la botella de modo que haga mucho ruido.)

AUR. Ah! doble objeto?

MAN. Sí, porque corren voces que no queremos creer...

ANIC. Pues que pasa?

MAN. Dicen que se casa usted.

ESC. (Á eso es á lo que tú venías!)

ANIC. Pues...

ESC. (Ah! lo va usted á negar?)

ANIC. Pues efectivamente, efectivamente me caso!

MAN. (Bajo á su padre.) (Lo ve usted?)

ESC. (Anda, traga saliva!)

ANIC. Sí señora, así es. (Ábrela allí cerca de ellos!)

MAN. ¿Y... pronto?

ESC. En seguida.

MAN. ¡Ah, pícaro!... y me hacía usted el amor!

ANIC. ¿Eh?

CONDE. (No te des por ofendida!) (Ap. á Manolita.)

MAN. ¡Si no lo estoy!

ESC. Á lo que parece, don Aniceto suele echarle á usted muchas flores.

ANIC. Una patita, Escolástica.

ESC. ¡Para patitas estamos!

MAN. El año pasado en casa de las de Rodriguez estuvo conmigo tan afectuoso, que á poco hay un lance con mi primo el marqués del Mirlo...

AUR. Ah! el marqués del Mirlo...

CONDE. Sí, se ha empeñado en casarse con ella!

ESC. Ah!

ANIC. ¡Hola! hola!

ESC. (Don Aniceto, ha hecho usted la plancha.)

AUR. ¿Y cuándo es la boda?

CONDE. No, si ella no le quiere.

MAN. ¡No!

ANIC. Pero un marqués..,

ESC. ¿Quién ha de querer á ese tipo?

MAN. Yo no haré boda sino por amor, porque mi corazon no comprende más que las pasiones vehementes, volcánicas.

PEPE. Esa es la mia!

MAN. Esas pasiones que brotan, crecen, se desarrollan, y si se las contiene estallan! (Salta el tapon de la botella de champagne.) Jesús!

ANIC. No, no es nada, el champagne!

ESC. Sí, el champagne!

ANIC. Tome usted una copita de champagne, á usted le gusta de seguro el champagne.

MAN. No, no, muchísimas gracias.

CONDE. Vaya, le tomaré yo á la salud de los novios, aunque ignoro quién es la futura.

ANIC. (Le voy á dar á usted una satisfaccion.) Les presento á ustedes á mi futura esposa.

MAN. ¡Ah! Es esta señora?

ESC. Servidora de usted.

MAN. Ya decía yo, sí, la viuda de Salmon. ¿Usted no estuvo en el colegio con mi abuelita?

ESC. ¡Señorita!

ANIC. ¡Qué barbaridad!

CONDE. Señor don Aniceto, ya que hemos dado á usted los dias, réstame cumplir con usted... un deber.

ANIC. Pues cómo?

CONDE. Y darle un millon de gracias.

ANIC. No comprendo...

CONDE. Yo creí encontrar á usted solo, pero cuando se trata de pagar lo que se debe...

ANIC. Por Dios, señor Conde...

CONDE. Nada, nada! Yo tengo mucho gusto en que se sepa que hallándome yo en un gran compromiso hace dos años, usted, haciendo un verdadero sacrificio, me prestó doce mil cuatrocientos reales; señores, lo digo muy alto; hoy vence el pagaré: ahí tiene usted los cuatrocientos reales y ya arreglaremos el pico.

ESC. (Pues hombre, vaya un pico! Qué barbaridad!)

PEPE. (Hay gentes con una frescura...)

ANIC. Bueno, señor Conde, afortunadamente no corre prisa, y para mí es un honor muy grande tener un deudor tan ilustre.

AUR. ¡Si es muy bueno el tio!

PEPE. Demasiado.

MAN. Don Aniceto es un hombre muy generoso y digno de una compañera que le adore.

ESC. Le adorará!

MAN. ¡Tal creo!

ANIC. Otra copita, doña Escolástica.

PEPE. (Ap. á Aurora.) (Bebe tú en la mia.)

AUR. (¡Que no!)

PEPE. (¡Anda!)

ANIC. Á la salud del señor Conde!

CONDE. No, no, á la de usted! á que cumpla usted ochenta años.

ESC. Jesús, Ave-María!... quién llega á esa edad?...

MAN. Algunas personas.

ESC. Mire usted, don Aniceto, esta señorita...

ANIC. Un higo, doña Escolástica. (Cogiéndolo de la tarta.)

ESC. (Estoy nerviosa!)

ANIC. Ah, señores! El señor Conde ha querido que se sepa que me debe ese pico; yo no lo hubiera dicho nunca! Pero ya que se sabe, permítaseme hacer constar que á no ser muy modesta mi posicion, ahora mismo, en presencia de ustedes, romperia ese pagaré y le diría:—«Señor Conde, la amistad no tiene precio; yo le saqué á usted de un apuro; usted en cambio me ha ofrecido conseguir para mí la encomienda de Isabel la Catálica, y me

ha honrado con una amistad franca y sincera. Estamos pagados.»

TODOS. Bien!

ESC. Doce mil cuatrocientos reales por una cruz? Están mucho más baratas!

CONDE. Don Aniceto es de los que merecían ser ricos.

ANIC. Creo que sí, porque sabría serlo.

AUR. El café, Andrés.

ANIC. Hoy he leido la lista de la suscricion nacional para la inundacion de Murcia. Hay quien ha dado cuatro mi duros; ocho, diez, pero si yo tuviera dinero...

PEPE. Qué haría usted?

ANIC. Daría un millon para las viudas.

CONDE. Sí lo creo.

ANIC. Otro millon para los huérfanos.

MAN. Qué corazon!

ANIC. Otro para reparacion de casas.

PEPE. Bravo!

ANIC. Y otro para fundar una escuela de niños sin padres, los cuales vestiría por mi cuenta y les daría carrera. Porque ¿para qué sirve el dinero si no es para el bien de la humanidad? Fomentar las artes, proteger la industria, horadar los montes, llenar el suelo de rails y el aire de alambres; ayudar á todos los menesterosos... Ah! si yo tuviera dinero, señores mios... Créame usted, señor Conde, conque yo tuviera nada más que cuatro ó cinco mil duros ahorrados, le perdonaba á usted la deuda; porque al ver que una persona como usted, de sangre ilustre, de noble cuna, descendiente de Guzman el Bueno y de Jaime el Barbudo...

CONDE. ¿Qué está usted diciendo?

AUR. Pero tio...

ANIC. De Jaime el Conquistador quise decir, me he equivocado, usted dispense...

CONDE. Nada, nada, está usted dispensado: vámonos, niña.

MAN. Sí, vámonos, que nos está esperando la duquesa.

CONDE. Conque felicidades!

ANIC. Sentiría que se fuese usted resentido.
CONDE. No, hombre, no!
AUR. ¿Por qué no toman ustedes café?
MAN. Sin haber almorzado?
ANIC. Ah! pero no han almorzado ustedes?
AUR. Pero por Dios!
ESC. (No tendrían con qué.)
CONDE. Ea, adios, querido vecino. Señora... Señorita...
MAN. Adios, Aurorita.
AUR. Adios: está usted preciosa!
MAN. Gracias... Señora...
ESC. ¡Abur!
ANIC. Permítame usted...
CONDE. No, no, no consiento...
MAN. Gracias.
ANIC. Que ustedes sigan bien. (Vánse Manolita y el Conde, foro.)
ESC. (Ay! gracias á Dios! No he almorzado á gusto!)

ESCENA VIII.

DICHOS, menos el CONDE y MANOLITA.

ANIC. Ea, ya estamos solos! Doña Escoláistca, no se ponga usted grave, que hoy no es dia de enfadarse. ¿Qué tiene de particular que yo le haya dicho cuatro tonterías á la vecina? Dejaría uno de ser español. Cómo puede usted dudar de que usted sola es la reina de mi corazon? Vamos á tomar el café aquí los dos: llevaos esta mesa; acerca ese veladorcito; vamos, ustedes ahí juntitos tambien... Hoy estoy yo de humor de concederlo todo!
ESC. Sí, á poco más le perdona usted al Conde el pico.
PEPE. Cuidado con el pico!
ANIC. Jé, jé!
PEPE. Y don Aniceto es muy capaz...
RAMONA. El señor? Como el señor tuviera dinero...
ANIC. Hombre, vamos á soñar!

ESC. Cómo á soñar?

ANIC. Sí. Trae unas copitas de cognac. Vamos á echar la imaginacion á volar por los mundos de la fantasía.

PEPE. Eso me encanta á mí.

ANIC. Supongamos que por una de esas chiripas que hay en la vida, yo me encontrara de pronto con el premio gordo de la lotería.

ESC. Si lo que ha jugado usted en veinte años lo hubiera guardado en una hucha...

ANIC. Ó que un mes me diera por jugar á la bolsa...

PEPE. Me quieres, Aurora? (AP.)

AUR. Con el alma!

PEPE. Bendita seas!

ESC. Niños, que se interrumpe la digestion!

ANIC. Y que subieran los fondos hasta ponerse á cincuenta y cuatro.

PEPE. Lo que es eso, como no lluevan monedas de cinco duros...

RAMONA. Ó que se encontrare usted en la calle una cartera con dos ó tres millones en billetes...

ANIC. No, eso no, porque no pararía hasta encontrar al dueño.

PEPE. (Es ambicioso, pero es honrado.)

ANIC. En fin, cualquier cosa así. Ven acá, Ramona, ven, Andresillo.

AND. Vamos á ver lo que haría.

ANIC. Supongamos que me encontraba de repente riquísimo.

PEPE. ¿Qué pasaría?

ANIC. Qué pasaría? Pues lo juro por lo más sagrado; haría lo siguiente.

ESC. Á ver.

RAMONA. Á ver.

ANIC. Á mi sobrina Aurora, que ha sido el alma de mi casa desde que está en ella, que me ha asistido en mis enfermedades, que me ha resuelto el problema del afecto de familia que yo no tenía...

AUR. Por Dios, tio!

ANIC. Si es la verdad!

ESC. Como que es un ángel.

PEPE. Oh! Sí! (Le da un beso en la mano.)

ANIC. Qué ha sonado?

ESC. Nada, hombre, nada.

ANIC. Pues á mi sobrina Aurora le regalaría cinco millones nominales en papel del Estado para que tuviera treinta mil reales de renta.

AUR. Ay, qué gusto!

ANIC. La casaría, por supuesto, con Pepito...

PEPE. Claro!

ANIC. Y como regalo de boda, les daría un coche.

AUR. Ah, sí; una berlina.

PEPE. No, no, un landó.

AUR. Á mí no me gusta el coche abierto!

PEPE. Á mí sí.

AUR. Bueno, pues cuando yo vaya se echa la capota.

PEPE. No señor.

AUR. Como no eches la capota me bajo!

ANIC. Eh! alto! Parar ese coche, que va desbocado!

TODOS. Já! já! já!

ESC. Vaya con los muchachos!

ANIC. Prosigo! Á mi señora doña Escolástica le regalaría...

ESC. Qué?

ANIC. Á que no lo adivina usted?

ESC. Vaino s, hombre, no me haga usted padecer!

ANIC. La regalaría esta casa.

TODOS. La casa!

ANIC. Sí señora: usted trae á nuestro matrimonio una casa en la calle del Perro; pues yo para darle á usted en la cabeza, le regalaría esta de la calle del Gato. Esta casa es del Conde.

ESC. Ah, sí?

ANIC. Sí; pero está embargada por mil acreedores, produce poco y se compraría con veinte mil duros.

ESC. Algo estrecha es la calle; ya por poco, compre usted la de enfrente y tendré más luz.

ANIC. Pues nada, se compra la casa de enfrente.

ESC. Las cosas hacerlas bien...

PEPE. Ó no hacerlas.

ANIC. Á Ramona, que hace nueve años que me sirve, un regalito de cuatro mil duros.

RAMONA. Cuatro mil duros!...

ANIC. Y como yo sé que Andrés anda enamoricado de ella... Vamos, dí que es mentira!

AND. No señor, no es mentira.

ANIC. Á Andrés le sacaría una administracion de Loterías, para lo cual le pondría la fianza...

RAMONA. Anda, chico, á ver si haces una trampa y nos cae el gordo á nosotros.

AND. Eso es, para ir á presidio.

RAMONA. Pues claro, para dejar algo á tus hijos.

ANIC. Á qué hijos?

RAMONA. Á los que tenga.

AND. Los chicos que trabajen como su padre.

RAMONA. No insultes á los niños!

ANIC. Pero, hombre... pobrecitos niños! no me los maltrates! Já! já! já! Verdad que sería el colmo de la felicidad?

PEPE. Pero eso no se realizará.

ANIC. Pues júrole á usted, que si yo tuviera dinero haría todo lo que llevo dicho.

PEPE. Pero como no se ganan así como quiera dos ó tres millones.

UNA VOZ. (Dentro.) La lista grande!

ESC. Mire usted que venden la lista grande.

AND. Voy por ella. (Váse fondo.)

ANIC. Hombre, venga. Si quisiera Dios...

ESC. Qué número tiene usted?

ANIC. El trescientos ocho.

AUR. Recoge esto, Ramona.

PEPE. Dime otra vez eso.

AUR. Ambicioso!
PEPE. Anda, dímelo!
ESC. Usted no tiene más que un defecto.
ANIC. Cuál?
ESC. Que es usted un poquillo ambicioso.
AND. (Saliendo con la lista grande.) La Lista! El premio grande en Madrid.
ANIC. En qué número?
AND. En el trescientos nueve.
ANIC. Ve usted? (De mal humor levantándose.)
AND. Por un punto!
ESC. Tendrá usted una aproximacion.
PEPE. (Ap. á Aurora.) (Aproxímate.)
ANIC. Ya me ha sucedido esto dos veces! Es una mueca de la fortuna!
ESC. Á mí sólo me ha tocado una vez un San Antonio en una rifa.
ANIC. Por un número!
ESC. Por cierto que en una mudanza se le rompió la cabeza al niño.
ANIC. Usté ve esto, Pepito? Por un número no nos ha tocado!
PEPE. Como si fuera por mil. Lástima de dinero!
ANIC. No es lo mismo! Ah! da rabia! (Tirando la lista.)
ESC. Hombre, no se enfade usted; no es dia de enfadarse.
AND. Ah, se me olvidaba; ahí está un caballero que quiere ver á usted.
ANIC. Bueno, que pase.
AND. Dice que ha de ser á usted sólo.
ANIC. Pues llévale al despacho.
ESC. No; nosotras nos iremos; necesita una moverse... He comido más arroz que cuando enterraron á Zafra.
PEPE. Por Dios, doña Escolástica!
ESC. Vengan ustedes. Aurorita tocará el piano.
AUR. Ay, sí!
PEPE. Un nocturno.
ESC. Un nocturno con este sol?

AUR. La polka de Farbach.
PEPE. Yo te doblaré la hoja. Como te quiero!
ESC. Vaya, doblemos la hoja. Qué empalagosos están ustedes! (*Vánse todos primera puerta izquierda.*)

ESCENA IX.

D. ANICETO.

Por un número! Toda la vida tocando la fortuna... y nada. Y hay por ahí cada rico miserable... Si yo no tuviera tan buen carácter...

ESCENA X.

D. ANICETO, FERNANDO, *por el foro.*

FERN. Servidor de usted.
ANIC. Beso á usted la mano.
FERN. Ya no se acuerda usted de mí?
ANIC. Tengo una idea...
FERN. Ya hace años que no me vé: era yo un chiquillo cuando me fuí á Cuba...
ANIC. Sí, quiero recordar...
FERN. Conque no se acuerda usted de Fernandillo?
ANIC. Fernandillo?
FERN. Del hijo del arquitecto?
ANIC. (*Abrazándole.*) Pero muchacho! Con esas barbas!
FERN. Já! já!... Cómo va, cómo va?
ANIC. Ven acá, chiquillo! De dónde sales?
FERN. Uf! De todas partes! He corrido medio mundo!
ANIC. Ya recuerdo... Tu padre te mandó á Cuba con un destinillo...
FERN. Y murió sin verme. Allí pasé diez años; fuí primero empleado, luégo comerciante, despues empresario... banquero... Me echó de España una patrona que tuve en la calle de Tudescos; hermosa mujer, eso sí, pero

pegajosa como ella sola: queria que me casara con ella.

ANIC. ¿Y por qué no te casaste?

FERN. Porque los huéspedes de su casa la llamaban Zuleika.

ANIC. Y qué es eso!

FERN. ¿Usted no conoce la Historia Sagrada? Zuleika era la mujer de Putifar.

ANIC. Ah!

FERN. Y yo hacía el papel de José.

ANIC. Ya!

FERN. De modo, que ántes de que me pescára, me fuí á América. Zuleika creo que se casó aquí luégo, y yo allá me las busqué como pude...

ANIC. Luego has hecho dinero?

FERN. Psth! Hay para vivir!

ANIC. Ah, picaron!

FERN. He trabajado mucho. Los negocios son mi elemento. El negocio, don Aniceto, el negocio! No hay otro remedio!

ANIC. Y qué negocios haces?

FERN. Todos los que salen.

ANIC. Pero siéntate.

FERN. Estoy deprisa.

ANIC. Hombre, aún no has llegado...

FERN. Yo estoy siempre deprisa. En tres años he hecho un ferro-carril, dos mercados, un canal en Castilla, un tranvía en Cuenca, y me ha sobrado tiempo para viajar y para mirar á las mujeres. Las mujeres y el trigo, don Aniceto, no hay más que eso en el mundo. Verdad es que con el dinero se hace uno amar de las mujeres, ademas de que uno no es ningun trapo.

ANIC. No, hombre; estás hecho un guapo mozo. (Suena dentro una polka al piano.)

FERN. Quién toca el piano?

ANIC. Mi sobrina... Una sobrinita que recogí hace diez años.

FERN. Usted no se casó?

ANIC. Voy á hacerlo.

FERN. Y... bien?
ANIC. Sí.
FERN. Es rica?
ANIC. Regular; para mí mucho: tiene tres casas.
FERN. Se las compro á usted.
ANIC. Hombre, por Dios! Tres casas y unas viñas en Arganda.
FERN. En Arganda! Allí estuve yo para casarme con una chica que tenía diez mil duros de dote.
ANIC. Pero tú resides en Madrid?
FERN. No señor; en Alcázar.
ANIC. Hombre, allí tengo yo un tio.
FERN. Si vengo á hablarle á usted de él.
ANIC. Ah!
FERN. Él me trae á Madrid.
ANIC. Vamos; ya estaba yo desazonado, porque hoy dia de mi santo no me había escrito como todos lo años!
FERN. No era fácil.
ANIC. Por qué?
FERN. Porque se ha muerto. (Cesa el ruido del piano.)
ANIC. Jesús!
FERN. Ay! perdone usted, don Aniceto, se me ha escapado.
ANIC. Ha muerto!
FERN. Pero en fin, qué demonio! ya era muy viejo... Apenas se veían ustedes; y sobre todo, le ha dejado á usted lo que tenía. (Vuelve á sonar el piano.)
ANIC. Ah! Me ha dejado...
FERN. Sí señor; soy el encargado de esta grata mision. Su tio de usted y yo hemos hecho muchos negocios juntos; me llegó á querer como á un hijo; hizo su testamento conmigo, y vea usted qué cosas! Lo hizo en cabal salud, y á los ocho dias le d ieron unas calenturas... (Cesa el piano.)
ANIC. Tifoideas!
FNRN. Perniciosas!
ANIC. Pobrecillo!
FERN. Murió como un santo!

ANIC. Sí lo creo!

FERN. Bendiciendo á Dios...

ANIC. Yo era su único pariente.

FERN. Se lo deja á usted todo.

ANIC. Poco será.

FERN. Cuánto cree usted?

ANIC. Cuatro ó seis mil duros.

FERN. Sí, eh?

ANIC. Siempre dijo que no tenía más.

FERN. Seis millones! (Vuelve á sonar el piano con gran brío.)

ANIC. Seis millo... (Cayendo en una silla.)

FERN. Se pone usted malo?

ANIC. Seis millones... á un hombre que acaba de almorzar! No puede ser.

FERN. Pues es!

ANIC. Ay! Se me ha cortado la digestion! Estoy malo... La fortuna, lo que he soñado, lo que el trabajo no hubiera producido nunca, lo que viene de Dios, porque esto es la mano de Dios! Gracias, Dios mio, gracias!

FERN. Era un hombre avaro!

ANIC. Hombre, qué había de ser avaro!

FERN. Puso siempre empeño en ocultar su fortuna. Vivía como un pobre... Pero ya verá usted el testamento; ha de abrirse dentro de un mes. Por de pronto, yo, que he cerrado sus ojos, voy á entregar á usted el dinero que encontré en la casa.

ANIC. Ah! tú...

FERN. Sí señor, yo soy hombre de bien, aunque ambiciosillo: bajo su almohada había quince mil duros en billetes del Banco. (Saca un paquete de billetes.)

ANIC. Doce mil...

FERN. De la sucursal de Albacete. Aquí están.

ANIC. Doce mil duros!

FERN. Doce mil duros!

ANIC. Dios mio, si no pesan nada!

FERN. Conque yo volveré dentro de un mes: esta noche salgo para Toledo...

ANIC. Adios, Fernando, adios... El tio, el pobre tio, la satisfaccion... el Banco... Hasta el mes que viene, eh? Adios, hijo mio, adios... escríbeme, avísame tu vuelta.

FERN. Corriente!

ANIC. Te presentaré á Aurorita.

FERN. (Si la dotara bien...)

ANIC. Ó si no, ahora...

FERN. No puedo; voy á comprar bonos; que usted lo pase bien, millonario. (Váse fondo.)

ANIC. Millonario! Aurora! Doña Escolástica! Pepito!

ESCENA XI.

D. ANICETO, ESCOLÁSTICA, AURORA, PEPE, RAMONA, ANDRÉS.

AUR. Qué es?

ESC. Qué sucede?

ANIC. Sucede... sucede... que se ha muerto mi tio, mi tio Aniceto!

PEPE. Parece que se alegra usted.

ANIC. No, si no que...

TODOS. Pero...

ANIC. Es que... que heredo seis millones!

ESC. Ay, esposo mio!

AUR. Tio de mi alma!

PEPE. Señor don Aniceto!

RAMONA. Dios lo ha hecho!

AND. Quién nos tose, Ramona!

ANIC. Ya tengo renta.

ESC. Ya tengo casa!

RAMONA. Ya tenemos dinero!

PEPE. Ya tengo coche!

ESC. Música, música!

PEPE. Á celebrarlo.

RAMONA. Viva el amo!

TODOS. Viva, viva! (Se van saltando y corriendo. Suena otra vez el piano ruidosamente. D. Aniceto queda un poco pensativo y dice:)

ANIC. Se me figura que les he ofrecido demasiado! En fin, allá veremos!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion con muebles diferentes que están colocando los carpinteros bajo la direccion de D. Aniceto. El aparador ha desaparecido, y en su lugar hay un sofá. La lámpara del comedor está en el suelo. Un retrato de D. Aniceto con la encomienda de Isabel la Católica lo clavarán los carpinteros donde estaba el aparador. Ramona y Andrés están ayudando á la mudanza. D. Aniceto estará de espaldas al público dando órdenes segun se va marcando.

ESCENA PRIMERA.

D. ANICETO, RAMONA, ANDRÉS y CARPINTEROS.

ANIC. Bueno! Sacar el aparador por allí. Llevarlo al cuarto amarillo. Venga ahora el sofá al sitio donde estaba el aparador. Ramona, llévate esa silla; tú, Andrés, acaba de quitar las fundas.

RAMONA. ¡Ay, qué tragin!

AND. ¡Qué mesecito de trasiego!

RAMONA. ¡Á mí me gustaba más la casa como estaba ántes!

ANIC. Porque tú no tienes gusto.

RAMONA. ¡El retrato sí que está bien!

ANIC. Como que me ha costado doce mil reales!

AND. (No se te olvide recordarle eso.) (Ap. á Ramona.)

RAMONA. En seguida.

CARP. ¿Esto, dónde va?

ANIC. Aquí. Y llevarse la lámpara. (Vánse los Carpinteros.) ¿No se ha levantado mi sobrina?

RAMONA. ¡Si es muy temprano!

ANIC. Es verdad; bueno, pues acabemos ya para que á mediodía esté todo cambiado.

AND. Ahí está el caballero aquel de hace un mes.

ANIC. ¡Fernando? Que pase, que pase en seguida.

ESCENA II.

D. ANICETO, FERNANDO.

FERN. ¿Cómo ha ido por aquí desde el mes pasado?

ANIC. ¡Hola, Fernando! Pensaba en escribirte.

FERN. Yo he adelantado mi viaje unos dias. ¡Nada! Está de Dios que yo no me case.

ANIC. ¡Pero hombre!

FERN. Me he propuesto casarme con una muchacha rica... Hola, esto ya tiene otro aspecto.

ANIC. Como que he gastado casi todo lo que me diste. ¿Sabes que me han dado la encomienda de Isabel la Católica?

FERN. ¡Vamos! Ha cerrado usted la lista.

ANIC. ¿Cómo?

FERN. Como que era usted el único español que no la tenía.

ANIC. Conque vamos á ver.

FERN. Vamos á ver. Me escribió usted que había un distrito vacante en la provincia de Toledo...

ANIC. ¿Qué has hecho?

FERN. ¿Pues qué he de hacer? ¡Todo!

ANIC. ¿Todo?

FERN. El contricante es un orador célebre.

ANIC. Sí, pero...

FERN. Un periodista de toda la vida.

ANIC. Bueno, pero...
FERN. Un verdadero genio.
ANIC. Pero...
FERN. Pero no tiene un cuarto.
ANIC. Es decir...
FERN. Es decir, que con seis ú ocho mil duros será usted diputado.
ANIC. ¿De veras?
FERN. De mi cuenta corre. ¡Ah! si yo viviera en Madrid, si usted y yo estuviéramos en contacto, usted sería lo que quisiera...
ANIC. Lo creo.
FERN. Porque... no se ofenda usted, pero yo tengo la práctica de los negocios, usted tiene el dinero... nos completaríamos.
ANIC. Pues mira...
FERN. Pero yo me voy á Lóndres.
ANIC. ¿Á Lóndres?
FERN. Pasado mañana.
ANIC. ¡Pero, chico, tú no paras!
FERN. Tengo allí un negocio de carbon y una inglesa medio atrapada.
ANIC. ¿Eh?
FERN. Bonita chica. Sesenta mil duros de renta.
ANIC. ¡Ah!
FERN. ¡Su padre me quiere mucho!
ANIC. ¿De veras?
FERN. Dice que soy muy listo, que necesita que yo ingrese en la familia.
ANIC. ¡Quédate en Madrid, hombre!
FERN. ¡Imposible!...
ANIC. Pensaremos cosas...
FERN. Hay un medio.
ANIC. Dí.
FERN. Su sobrina de ustéd será bonita...
ANIC. ¡Bonitísima!
FERN. ¿Tiene novio?

ANIC. ¡Ah! (¡Ya te veo!) ¡Psth! Un ligero pasatiempo...

FERN. Preséntame usted á ella, puede que nos gustemos... ¿eh?

ANIC. ¿Quién sabe?

FERN. ¿Por qué no he de ser yo su sobrino de usted?

ANIC. ¡Mire usted qué demonio de Pepito, hombre!

FERN. Yo tengo unos veinte mil duros...

ANIC. ¿Tú?

FERN. ¡Sí señor, yo!

ANIC. (¿Pues qué más puede desear Aurora?)

FERN. Me casa usted con ella; entro en la familia, soy su representante de usted, su apoderado, su hombre, lo hago á usted diputado, director, ministro tal vez, trabajamos juntos, ¿eh? ¡vamos, que no le disgusta á usted la cosa!

ANIC. Pues mira, lo pensaré.

FERN. Piénselo usted, siempre que crea que no voy á llevar un revolcon. Arregle usted eso de la sobrina...

ANIC. Veremos.

FERN. Y va usté á tener un sobrino de lo poco que hay. Ea, me voy á la Bolsa; de allí á Fomento, de allí á comprar unos solares... ya sabe usted... el testamento mañana, la sobrina despues, luégo la Direccion, despues la cartera... hasta luégo!

ESCENA III.

D. ANICETO, RAMONA, los Carpinteros vienen á llevarse las escaleras.

CARP. ¿Hay que hacer algo más?

ANIC. No, nada, maestro, ya tenemos toda la casa variada. Usted me dirá qué le debo...

CARP. Cuatrocientos reales.

ANIC. Cuatrocientos reales! Pero hombre, qué escándalo!

CARP. Los clavos, las cerraduras, los jornales... aquí está la cuenta.

ANIC. ¡Cuatrocientos reales! ¡Francamente, esta gente en viendo que uno tiene dinero le ponen doble!

RAMONA. ¡Ay, que se nos ha vuelto regaton!

ANIC. Pues es claro, mujer, no parece sino que el dinero se gana de cualquier modo; yo no me niego á pagar lo justo, pero veinte duros de cuenta por clavar unos clavos... tome usted; vaya usted con Dios.

CARP. Salud. (Váse.)

RAMONA. Va usté á tomar el chocolate?

ANIC. Sí; trae el chocolate y los periódicos y avisa á la señorita Aurora que venga. Ten cuidado si viene doña Escolástica de decirle que no me he levantado todavía.

RAMONA. ¿Pero no va usted á recibirla?

ANIC. Luégo, que vuelva luégo; pero eso que desde el dia de mi santo hasta hoy no pasa dia sin que venga todas las mañanas á hacer proyectos disparatados... Me carga que me enseñe nadie lo que tengo que hacer.

RAMONA. Ya nos dijo anoche que habían llegado los papeles...

ANIC. Sí.

RAMONA. ¿De modo que se casará ested en seguida, señor?

ANIC. Trae el chocolate, anda, anda.

RAMONA. ¡Ah!

ANIC. ¿Qué?

RAMONA. Esta tarjeta ha bajado el criado del señor Conde.

ANIC. Á ver, dame. (Váse Ramona.)

ESCENA IV.

D. ANICETO.

¡Está bien esto! Ya parece una casa moderna... ¡Válgame Dios! ¡Lo que yo he deseado tener un saloncito así!... Desde que era escribiente de loterías y llevaba la firma á casa del director y veía aquella casa tan elegante, decía yo:—¿Pero por qué no he de llegar á vivir así?—Dios me ha oido, esta es la verdad. Como que Dios ayuda siempre á los que tienen fé. ¡Jé! ¡jé!... No estoy feillo en el retrato, no señor; no dirá doña Escolástica que ha pescado á ningun sujeto vulgar...

¿Pero qué demonio tendrá doña Escolástica en ese ojo izquierdo? Yo no me había fijado bien, pero es un ojo atroz.

ESCENA V.

D. ANICETO, RAMONA.

RAMONA. ¡El chocolate!

ANIC. Déjalo ahí. (Lee la tarjeta.) «Mi querido vecino: desearía »tener el honor de saludar á usted para un asunto ur»gente, y espero de su amabilidad...» ¡Qué persona tan »fina es este señor Conde!...

RAMONA. Sí, muy fino, pero no paga.

ANIC. Pues ya ves cómo á mí me pagó.

RAMONA. Veinte duros á cuenta de seiscientos.

ANIC. Lo que hace todo el mundo en Madrid. Ahí tienes á Pepito que está pagando por meses un gaban que se hizo el año sesenta y uno...

RAMONA. Pues á fé que el sastre...

ANIC. ¡Se murió al quinto plazo! Sus nietos son los que cobran. ¡Así anda el comercio madrileño!

RAMONA. ¿Conque diga usted, señor?...

ANIC. ¿Qué?

RAMONA. ¿Es verdad que no eran seis millones lo que ha heredado usted?

ANIC. ¿Quién ha dicho eso?

RAMONA. Pues en la plazuela dicen que son ocho.

ANIC. ¡Es mucho afan de exagerar las cosas! ¡Ni uno!

RAMONA. Será verdad, porque usted la dice siempre y no le duelen prendas, pero la gente, ya ve usted...

ANIC. ¡La gente es atroz! ¡Dame el agua!

RAMONA. Tambien exageraban el dinero de doña Escolástica.

ANIC. ¡Si no tiene un cuarto!

RAMONA. ¿No?

ANIC. Es decir, ¿comparada conmigo... qué tiene? ¡Tres casas! ¡Vaya unas casas! Tres cajones de la feria que no valen entre los tres ochenta mil reales...

RAMONA. ¡Tiene papel!
ANIC. Como si no tuviera nada.
RAMONA. Y su pensioncita.
ANIC. Diez mil reales; para polvos de arroz no tiene bastante.
RAMONA. Eso sí.
ANIC. Porque doña Escolástica es muy derrochona.
RAMONA. Cree usted...
ANIC. Come como un sabañon.
RAMONA. Eso sí.
ANIC. Le gusta el lujo...
RAMONA. Un poco.
ANIC. Pero dime, Ramona ¿tú has reparado en el ojo izquierdo de esa señora?...
RAMONA. ¡Ah! Sí señor!...
ANIC. Es atroz!
RAMONA. Si es que cuando se incomoda le llora!
ANIC. Pero si siempre se está incomodando! Es un carácter violentísimo!
RAMONA. Ello es que le quiere á usted mucho...
ANIC. Anda, te vas á vestir un poquito mejor, eh? Y á tu novio, á Andresito, le dices que se ponga la levita que le he regalado, que por cierto me ha costado veintidos duros; no me gusta que esté de chaqueta; ahora viene mucha gente á casa.
RAMONA. Sí que se lo diré; porque si ha de ser administrador de loterías...
ANIC. Administrador?... ¡ah! sí.
RAMONA. Digo!...
ANIC. Sí, sí, ya hablaremos de eso; anda, vete.
RAMONA. Andrés!

ESCENA IV.

D. ANICETO, RAMONA, ANDRÉS, de levita.

ANIC. ¡Eso es! Así estás mejor; así ya pareces un criado

caro...

AND. De aquí me aprieta un poco.

ANIC. Hasta que te acostumbres. ¿Qué traes?

AND. Una lista que trae una pobre mujer, una viuda de un literato, á ver si quiere usted dar algo...

ANIC. ¡Vaya!... Dale un par de pesetas y ponlas en la cuenta.

RAMONA. ¡Un par de pesetas!

ANIC. He dado ya hoy más de mil reales entre unas cosas y otras... un duro para la casa de socorro, otro para las hermanitas de los pobres; otro de la suscricion al *Infierno del Dante*, que está en italiano y no lo entiendo... dale un duro y déjame en paz; y tú tambien, que ya me duelen las manos de dar dinero!

RAMONA. El señor Conde viene.

ANIC. ¿Ves? No le he contestado y se toma la molestia de bajar. Hazle que pase; llevo una mañana que se la doy al más pintado.

ESCENA VII.

D. ANICETO, el CONDE.

CONDE. ¡Muy buenos dias!

ANIC. ¡Oh! ¡querido vecino! ¿Á qué debo yo tanta honra? ¿Y aquella señorita?

CONDE. Está enferma.

ANIC. ¡En cama?

CONDE. Ahora se ha levantado un rato... Hombre, qué bonito salon! Esto está variado. Hace un mes, cuando estuvimos aquí...

ANIC. Esto era el comedor.

CONDE. Esto es de muy buen gusto.

ANIC. (¡Qué talento tiene!)

CONDE. Ahí tiene usted un retrato que lo ve cualquiera que no conozca á usted...

ANIC. ¿Y qué dice?

CONDE. Y dice que es un diplomático.

ANIC. (¡Eso es conocerle á uno!)
CONDE. Hay algo de Bismark...
ANIC. ¡Jé, jé!
CONDE. Algo de Gortschacoff.
ANIC. Crce usted...
CONDE. Yo no les conozco, pero hay algo.
ANIC. Señor Conde, usted es muy bondadoso... Conque Manolita...
CONDE. Pues Manolita, que es como usted sabe, una sensitiva..
ANIC. Mucho que sí.
CONDE. Me vió ayer tan sumamente agobiado...
ANIC. ¡Á usted!...
CONDE. ¡Que se me puso muy mala! Pero yo me había propuesto cumplir con usted...
ANIC. ¡Ah! yo tengo algo que ver...
CONDE. ¿Qué le ofrecí yo á usted hace un mes justo?...
ANIC. ¡Ah!
CONDE. ¿Delante de personas para mí desconocidas?
ANIC. Pero señor Conde...
CONDE. Yo bien sé que ahora no le hace á usted falta...
ANIC. ¡Psth! Todo hace falta...
CONDE. Si yo fuera un hombre poco delicado, le diría á usted que ella me ha suplicado que en su nombre ruegue á usted que ese pagaré se prorogue.
ANIC. ¿Ha dicho eso?
CONDE. Pero yo no digo nunca ciertas cosas.
ANIC. Conque ella desea...
CONDE. Cree tener alguna influencia con usted...
ANIC. ¡Y no se equivoca!
CONDE. Quería bajar ella misma.
ANIC. Compromiso grave hubiera sido.
CONDE. Mas yo no la he dejado. Las personas que tenemos la sangre de otro color...
ANIC. ¡De otro color! ¿Usted tiene la sangre de otro color?
CONDE. ¡Azul!
ANIC. (¡Por eso parece que está siempre sin afeitar!)
CONDE. Las personas á cierta altura no suplican; yo no traigo

toda la cantidad, pero traigo algo...

ANIC. ¡Ah! no lo trae todo...

CONDE. Daré ahora parte... y el resto...

ANIC. (El resto lo voy á echar yo ahora.)

CONDE. ¡Cómo cambian los hombres, señor don Aniceto!

ANIC. Vamos á ver, señor Conde; guarde usted esa cartera.

CONDE. (¡Esto pica!)

ANIC. Vamos á ver. Á mí me gustan los negocios de inspiracion. ¿Quiere usted venderme la casa?

CONDE. (¡Le gusta la casa! ¡La pagará cara!)

ANIC. (No tiene un cuarto; la dará por nada.)

CONDE. Pues... le diré á usted. Esta casa... esta casa es el hogar donde yo he nacido.

ANIC. ¡Ya!

CONDE. Donde he crecido. Esta casa es para mí el resúmen de una vida dichosa, cuando yo era ademas de noble, rico; ¡aquí me casé!... ¡aquí enviudé!

ANIC. ¡Señor Conde, por Dios!

CONDE. Ahí donde usté está le dió á papá la apoplegía.

ANIC. (Pasando á otro lado.) ¡Demonio!

CONDE. ¡Ah! ¡Don Aniceto! Me ha de costar lágrimas desprenderme de estas cuatro paredes...

ANIC. Vaya, vaya. Decídase usted. ¿Cuánto quiere usted por la casa?

CONDE. (Despues de una pausa.) Veinte mil duros.

ANIC. ¡Vaya, señor Conde, que siempre ha de estar usted de buen humor!...

CONDE. ¡Si es regalada!

ANIC. Con veinte mil duros se compra un hotel.

CONDE. ¡Uf! No me hable usted de los hoteles.

ANIC. ¡Pero una casa en la calle del Gato!...

CONDE. Una calle céntrica.

ANIC. ¡Oscura!...

CONDE. ¡Nunca lo ha notado usted!

ANIC. Si es por el gusto de decir:—«he comprado la casa en que yo fuí pobre...»—vaya, quince mil duros y no hablemos más.

CONDE. ¡Por Dios! ¡quince mil duros!... ¡quince mil duros no es nada para mí!

ANIC. ¡Quince mil duros en buena moneda!

CONDE. Y luégo... hay otra cosa.

ANIC. (¡Qué más habrá!)

CONDE. Yo no soy más que el tutor de mi hija...

ANIC. ¡Ah!

CONDE. Administro sus bienes.

ANIC. Sí; ya lo veo.

CONDE. Y sin que ella me diga que sí, no puedo resolver nada.

ANIC. Consúltela usted.

CONDE. ¡Porque como ella le tiene á usted un afecto tan puro!...

ANIC. ¡Cree usted!...

CONDE. ¡Si usted pudiera distraerla de su primo!... Anoche mismo me decía que era usted tan bueno!...

ANIC. ¿Decía?...

CONDE. ¡Tan simpático!

ANIC. ¡Oh!

CONDE. ¡Tan generoso!

ANIC. (¡Pero qué familia tan apreciable!)

CONDE. Y decía más.

ANIC. ¡Hola!

CONDE. Decia que ya es usted rico y que pronto será usted diputado, tal vez ministro!... ¿Para que sirve el dinero?

ANIC. ¡Eso es lo que yo me digo hace un mes! ¿Para qué sirve el dinero si no se aprovecha en beneficio propio? Ganarse amigos, vencer á los contrarios, fascinar á las gentes. ¡Ah! Si yo no estuviera para casarme...

CONDE. ¡Lástima grande!

ANIC. Doña Escolástica...

CONDE. No podrá nunca comprenderle á usted.

ANIC. ¡Puede ser que no!

CONDE. ¡Ya es talludita!

ANIC. ¡Talludita!

CONDE. En fin, yo voy arriba. Manolita bajará pronto, quedó en

venir por Aurora; usted le habla de la casa, de la venta, y así podrá usted tranquilizarla respecto al pago.

ANIC. Oh, sí, sí, la tranquilizaré.

CONDE. Pero si quiere usted tomar...

ANIC. ¿Quiere usted callarse?

CONDE. Yo soy muy delicado.

ANIC. Y muy inteligente...

CONDE. Y muy cauto.

ANIC. Y muy estimable.

CONDE. Adios, señor don Aniceto, no se moleste usted, yo se salir.

ANIC. Permítame usted...

CONDE. No, no, no salga usted.

ANIC. Hasta aquí no más.

CONDE. Hasta luégo, don Aniceto.

ANIC. ¡Hasta ahora, señor Conde, hasta ahora!

ESCENA VIII.

D. ANICETO.

¡Bien! ¡Muy bien! ¡La casa será mia y habré realizado el sueño de toda mi vida! Comprar la casa, ver á todo un conde pidiéndome prórogas... por lo visto quería que le rompiera el pagaré... dice que yo se lo ofrecí... ¿cuando he dicho yo eso?... No me acuerdo de semejante cosa... Y tiene razon. Hay algo... hay algo de persona importante... por supuesto que yo no soy tan viejo como parece ahí.

ESCENA IX.

D. ANICETO, AURORA.

AUR. Felices dias, tio.

ANIC. ¡Hola, Aurorita! ¡Vaya, qué linda estás! ¿Ese es el ves-

tido?

AUR. Este: ha salido un poco más caro de lo que usted creía.

ANIC. Vamos andando; ¿ya cuesta más?

AUR. Un poquito más, porque ya ve usted, los adornos... y las modistas siempre añaden...

ANIC. Me vas á hacer el favor de no decir en las tiendas que eres mi sobrina.

AUR. ¿Y por qué?

ANIC. Porque tengo observado que en oyendo mi nombre ponen más caro.

AUR. ¡Qué bonito ha quedado el salon!

ANIC. ¿Eh? ¿Qué tal?

AUR. ¡Y el retrato acabado! ¡Qué guapo está usted!

ANIC. ¿Crees tú?

AUR. ¡Cómo le va á gustar á Pepe!

ANIC. Apropósito de Pepe.

AUR. ¿Qué?

ANIC. Dime la verdad; ¿tú le quieres mucho?

AUR. ¡Con toda mi alma!

ANIC. ¡Jé, jé!

AUR. ¿Por qué se rie usted?

ANIC. ¿Tú qué sabes si le quieres ó no?

AUR. ¿Pues no lo he de saber?

ANIC. Te advierto que Pepe es muy desigual. Y se me figura á mí que tú debías tener un novio, mejor dicho, un marido...

AUR. ¿Cómo?

ANIC. Ven acá. Mírate á ese espejo.

AUR. Pero no le entiendo á usted...

ANIC. ¡Mírate, que ya no estás vestida con aquella batita de percal; mírate vestida á lo gran señora... tú debías ser la mujer de un banquero!

AUR. ¡Jesús!

ANIC. Ó de un título.

AUR. ¡Calle usted por Dios!

ANIC. ¡Pero de un boticario!...

AUR. ¿Cómo boticario?

ANIC. ¡Digo! Ayudante farmacéutico del hospital ¡Militar de Madrid...!

AUR. ¡Y que lo sea! Es un hombre de carrera.

ANIC. Sí, pero...

AUR. Un hombre de bien.

ANIC. Los hombres de bien sin dinero no resultan.

AUR. Si yo no tengo ambicion.

ANIC. Vaya, que sí.

AUR. ¿No ve usted que estoy acostumbrada á poco? Si no hubiera sido por usted, ¿qué sería yo ahora? Costurera. Y ¿cree usted que sería desgraciada? ¡Ni por pienso!

ANIC. Pues á tí te gusta el dinero.

AUR. ¡Qué me ha de gustar!

ANIC. ¿Qué has hecho de los quinientos reales que te regalé hace ocho dias?

AUR. ¡Ay, tio!

ANIC. ¿Lo ves?

AUR. ¿Me va usted á reñir?

ANIC. ¿Guiñapos?

AUR. ¡No señor!

ANIC. ¿Golosinas?

AUR. ¡Cá!

ANIC. ¿Perfumería?

AUR. No señor, no; los he dado á los pobres.

ANIC. ¿Á los pobres?

AUR. ¡Sí señor; tenía yo tantas ganas de hacer dos ó tres cosillas!...

ANIC. ¿Qué cosillas son esas?

AUR. Hay un niño de cuatro ó cinco años, ciego, muy andrajoso, que se pone ahí en la esquina á tocar una guitarrilla!...

ANIC. ¡Ay, qué noches me ha dado este invierno! no me ha dejado dormir.

AUR. Á mí tampoco; solamente que yo no me dormía diciendo:—pero esa pobre criatura se está ahí helando y yo estoy aquí tan calentita en mi cama!...

ANIC. (¡Es angelical esta chica!)

AUR. Conque fuí anteayer y le compré una chaqueta y unos pantalones...

ANIC. ¿Sí?

AUR. Y un guitarrillo nuevo. Por cierto que no ha vuelto por ahí.

ANIC. Puede ser que lo haya vendido.

AUR. ¡Mal pensado! Pues hay arriba en la bohardilla una ancianita que viene aquí por las sobras de la cocina, y siempre que al subir me veía hablando por el ventanillo con Pepe... el año pasado, cuando Pepe no entraba aún en casa, me decía la pobre mujer:—«Buenas tardes, señorita Aurora, que se case usted pronto.»

ANIC. Ya, ¿y tú?...

AUR. Yo supe ayer que estaba enferma...

ANIC. Subiste...

AUR. ¡Ay, tio! ¡qué bohardilla aquella! ¡Sin cristales! ¡sin muebles! una cama con un gergon, por manta los vestidos... Pues le he puesto los cristales, le he comprado una manta, dos sillas, un poco de loza, y he dispuesto que se le haga un sopicaldo todos los dias...

ANIC. ¿Todos los dias?

AUR. Hasta que se me acabe el dinero.

ANIC. Eres muy buena y por eso mismo mereces ser feliz.

AUR. Y lo seré...

ANIC. Pero no con Pepe.

AUR. Vaya, que le ha tomado usted manía...

ANIC. No; pero yo había pensado en un gran partido para tí.

AUR. ¿Qué dice usted?

ANIC. Piénsalo bien. Un muchacho jóven, rico, habla cinco idiomas y anda más que un cartero; para los negocios muy listo.

AUR. ¡Le desconozco á usted! ¡Nunca le he oido hablar así!

ANIC. Esto no es quitarte la voluntad; pero si te gusta ir en coche, oir la ópera, vestir de seda y no pensar en mañana, busca un pretesto ó déjame hacer á mí que yo soy más práctico que tú y sé lo que me digo.

AUR. Pero...

ANIC. Voy á ponerme la levita porque hoy espero una visita muy grata. Piénsalo bien y no seas tonta. (Váse.)

ESCENA X.

AURORA, luégo PEPITO.

AUR. ¿Por qué me dirá eso? ¡Á él siempre le gustó este amor!... Pepito le quiere como á un padre..

PEPE. ¡No se puede estar más elegante!

AUR. ¡Hola! ¿Cómo tan temprano!

PEPE. Á cumplir encargos de tu tio.

AUR. ¡Ah!

PEPE. Le traigo el recibo de lo de Murcia; ya sabrás que tu tio ha dado sesenta mil reales.

AUR. Nos lo ha dicho él ya tantas veces...

PEPE. Vengo además á comunicarte una grata noticia.

AUR. ¿Cuál?

PEPE. Tu tio, despues de aquellas promesas de hace un mes dice que no podemos casarnos porque yo no tengo lo necesario para poner una modesta casa.

AUR. ¿Qué?

PEPE. Pero la Providencia nos ayuda.

AUR. Pues qué...

PEPE. He recibido una carta por el interior que dice:—«Querido Pepito: He llegado; estoy en el Hotel de Lóndres. Ven á almorzar. Tu amigo, Vega.»

AUR. ¿Vega?

PEPE. Vega, Veguita, como decíamos en Filipinas: el Vega de que te he hablado tantas veces, un amigo... digo mal, un hermano; nuestra amistad es tal, que por defenderme de una calumnia, se batió ocultándome su abnegacion y recibió una herida mortal... yo en cambio, al saber que su pobre madre lloraba en Madrid su ausencia y su pobreza, la asistí en una enfermedad contagiosa, suplí sus necesidades y la cerré los ojos. Entre Vega y yo no hay tuyo ni mio. ¡Oh! ¡no tengas cuida-

de! Hoy mismo le veré, le pediré lo necesario para nuestra boda, y haremos las cosas con recursos propios. No quiero deber nada á tu tio. ¿Que la riqueza le ha hecho egoista? ¿Qué importa? ¡Yo no necesito más que tu cariño!

ESCENA IX.

DICHOS, D. ANICETO, con un periódico en la mano, iracundo, coge del brazo á Pepe y le dice:

ANIC. ¡Oiga usted, señor mio!

PEPE. ¿Eh?

AUR. ¿Qué le pasa á usted?

ANIC. ¡Oiga usted, señor don José!

PEPE. ¡Señor don José!

ANIC. ¿Para qué le he dado yo á usté tres mil duros?

PEPE. Para contribuir al socorro de los inundados.

ANIC. ¿Y en dónde está mi nombre?

PEPE. ¡Aquí!

ANIC. ¿Dónde?

PEPE. ¡Aquí! Don A. V. sesenta mil reales.

ANIC. ¡Don A. V.! ¡Y quién va á adivinar que yo soy don A. V.! Usted no sabe que yo me llamo Aniceto Voltereta?

PEPE. Pero señor, yo lo he hecho porque le conozco á usteda porque usted me ha dicho mil veces que la caridad no debe hacer alarde...

ANIC. ¡Pero á ustedes les ha dado por inventarme frases! ¿H dado yo sesenta mil reales para que no lo sepa nadie? Pues entónces, para qué los he dado? ¿Para qué?— Aquí figura el duque de Riela por quinientos duros, y yo que he dado diez veces más, parece que no he dado nada.

AUR. Pero, conque lo sepa usted...

ANIC. ¡Ha hecho usted que se me atraviese el chocolate!...

PEPE. ¡Ha socorrido usted á los infelices!...

ANIC. ¿Los conozco yo acaso ni de vista? Pues para ser uno A. V., con un par de duros bastaba!

PEPE. ¡Por Dios, don Aniceto!

ANIC. ¡Se puede uno fiar de usted!

PEPE. ¿Cómo?

ANIC. ¡Vaya usted á rectificar!

PEPE. ¡Le van á llamar á usted hipócrita!

ANIC. ¿Cómo hipócrita?

PEPE. Si señor, hipócrita como tantos otros.

ANIC. ¡Á mí no me falte usted al respeto!...

AUR. ¡Tio! por Dios!...

PEPE. Pero, don Ani...

ANIC. ¡No le consiento á usted calificativos injuriosos!

PEPE. Yo...

ANIC. Y sepa usted que me tiene ya muy harto, señor de Montero; que vengo notando en usted un carácter muy poco apropósito para formar parte de mi familia!

PEPE. ¿Qué?

ANIC. Se empeña usted siempre en enmendarle á uno la plana...

PEPE. ¡Señor mio!...

ANIC. ¡Y yo ya he salido de palotes!

AUR. ¡Tio!

PEPE. ¡Déjale!

AUR. ¡Pepito!

ANIC. Y el tonto soy yo, que voy á entregar un ser angelical á un hombre tan poco apropósito...

PEPE. ¿Cómo poco apropósito?

ANIC. ¡Y como me harte no hay boda!

AUR. ¡Dios mio!

ANIC. ¡No la hay!

PEPE. ¡Eso sería una indignidad!

ANIC. ¡Indignidad! ¡Á mí no me llame usted indigno! ¿Lo oyes? ¡Me ha llamado indigno!

PEPE. Sí señor, una picardía.

ANIC. ¡Ahora pícaro! Señor don José Montero...

AUR. ¡Qué disgusto¡ ¡Dios mio! (Llorando.)

ANIC. Señor don José Montero, esto ha concluido; puede usted buscar otra novia, porque lo que es mi sobrina no

será su mujer de usted.

AUR. ¡Oh, sí!

PEPE. ¡Eso lo veremos!

ANIC. ¡Quítese usted de mi vista!

PEPE. ¡Ya es mayor de edad!

AUR. ¡Desde ayer!

ANIC. ¡Márchese usted!

PEPE. ¡Qué infamia!

ANIC. Te prohibo que le mires; te prohibo que te conmuevas!

PEPE. ¡Aurora mia!

ANIC. ¡No lo querrá Dios! ¡Que yo no le vea á usted más! ¡Fuera, fuera!... ¡bu! ¡vaya usted con Dios, Jota M! (Váse.)

ESCENA XII.

AURORA, PEPITO.

AUR. ¡Pepe! (Llorando.)

PEPE. (Á la puerta de D. Aniceto.) ¡Miserable! ¡Hipócrita!

AUR. ¡Pepe mio!

PEPE. Sí; es como todos los ricos improvisados, un miserable que cambia de carácter y de corazon.

AUR. ¡Yo le calmaré!

PEPE. ¿Qué le has de calmar si yo veo en esto algo que ¡tú, desventurada, no adivinas?

AUR. ¡Ah! ¡sí, creo que sí!

PEPE. ¿Piensas que no advierto hace dias que piensa en separarnos?...

AUR. ¡Tienes razon!... á mí me ha hablado de otro novio...

PEPE. ¿Quién es?

AUR. ¡No me lo ha dicho, pero algo trama en contra nuestra!

PEPE. ¿Quién será? pero sea quien sea, Aurora, yo sé muy bien que es mio tu amor.

AUR. ¡Oh! ¿puedes dudarlo?...

PEPE. ¡Pues bien, pruébamelo!

AUR. ¡Sin duda!

PEPE. ¿Arrostrarías las iras de tu tio?

AUR. ¡Por tí... todo!

PEPE. ¿Renunciarías á la felicidad, á la riqueza?...

AUR. Pero, ¿qué felicidad es esta que no hace más que dar disgustos?

PEPE. La ley nos ampara. Te deposito si no te opones... No faltará un amigo de respetabilidad en cuya casa estés los tres meses...

ESCENA XIII.

AURORA, PEPE, DOÑA ESCOLÁSTICA.

ESC. ¡Hola, tórtolos! Mira, hija, haz el favor de soplarme aquí. (Señalando al ojo izquierdo.)

PEPE. (¡Para soplar estamos!)

AUR. ¿No sabe usted?...

ESC. ¿Qué?

AUR. ¡Ay, doña Escolástica! ¡mi tio ha echado á Pepe!

ESC. ¿Qué?

AUR. ¡Se opone á la boda!

ESC. ¡No puede ser!

PEPE. ¡Pues es!

ESC. Está muy fastidioso estos dias. Desde que le han dado la encomienda... (Mirando el retrato.) hombre, qué bien está; la verdad es, que se conserva muy bien. Es más guapo que Salmon. Si usté hubiera conocido á Salmon...

AUR. Influya usted con él.

ESC. No sé si hoy podré; traigo ya mis papeles.

PEPE. (¡Parece mentira!)

ESC. ¡Pero cómo andan las oficinas parroquiales! ¡Pues no me han puesto cincuenta y un años!

AUR. ¿Qué? ¿erán más?

ESC. ¡Eran muchos menos?

AUR. Usted que va á ser su mujer, dígale...

PEPE. Usted debe saber quién es el novio que le destina.

ESC. ¡Ah! Le destina...

AUR. Quiere que me case con otro.

ESC. ¿Será aquel diputado que estuvo ayer?

AUR. No señora.

PEPE. Reniego del dinero.

AUR. Usted arreglará esto.

ESC. ¡Pero no amontonarse! (Sale Ramona y dice:)

RAMONA. La señorita del segundo.

ESC. ¡Me voy!

AUR. ¡Oh! y yo. No estoy para recibir á nadie.

PEPE. ¡Aurora! ¡señora!... yo voy á resolver en seguida las cosas. Volveré á hora que él no esté. ¡Adios, amor mio! ¡Confío en tí!

AUR. ¡Te amo!

ESC. ¡Ustedes siempre esperan que yo esté delante para estas cosas! ¡Vámonos para que no viendo á nadie se vaya esa tísica!

PEPE. Voy con ustedes.

AUR. ¡Pepe mio!

ESC. Vamos, vamos. ¡Ay! ¡este ojo me tiene aburrida!

ESCENA XIV.

RAMONA, MANOLITA.

RAMONA. ¡Pase usté!

MAN. ¿Está la señorita?

RAMONA. Sí señora.

MAN. ¿Y el señor?

RAMONA. ¡El señor? Voy á verlo.

MAN. Vea usted... ¡Ay, la verdad es que una casa así, está pidiendo una señora... que lo sea!

ESCENA XV.

MANOLITA, D. ANICETO.

ANIC. ¡Manolita!

MAN. ¡Oh, señor marqués!

ANIC. (Mirando á todos lados no sabiendo si es á él.) ¿Marqués?

MAN. Dicen los periódicos que es cosa hecha.

ANIC. ¿Los periódicos?

MAN. (¡Como que ha hecho el suelto papá!) Dicen hoy que le van á hacer á usted marqués.

ANIC. ¿Pero me nombran ó ponen sólo las iniciales?

MAN. Á don Aniceto Voltereta.

ANIC. ¡Así se saben las cosas!

MAN. ¡De modo que!...

ANIC. Pero yo, qué he hecho... ¡como no sea porque he dado ese pico á los murcianos!...

MAN. ¿Ha dado usted?...

ANIC. Sesenta mil reales.

MAN. No es mucho.

ANIC. ¿No?

MAN. Ha sabido quien ha dado sesenta mil duros.

ANIC. ¡Pues á ese le habrán hecho príncipe del agua!

MAN. No señor; esas cosas no tienen otra recompensa que las bendiciones de la humanidad, que son los grandes títulos en la tierra.

ANIC. (¡Superior!)

MAN. Pero ello es que si no realiza usted el anuncio de los periódicos está usted en ridículo.

ANIC. ¿En ridículo?

MAN. ¡Es claro! Y luégo que tienen razon; la riqueza, señor mio, no es nada. No basta ser rico para ser considerado.

ANIC. Sin embargo...

MAN. No somos ricos nosotros, y ya ve usted que hacemos falta en todas partes.

ANIC. ¡Sobre todo aquí!

MAN. Lo he debido suponer...

ANIC. ¿Por qué?

MAN. Porque he bajado.

ANIC. (¡Las personas distinguidas dicen las cosas de un modo que apabulla!)

MAN. Papá me ha dicho algo de vender la casa...
ANIC. ¡Ah! le ha dicho á usted...
MAN. Sí.
ANIC. ¡Pues él dijo que no!
MAN. Yo en eso no me quiero inmiscuir.
ANIC. ¡Inmiscuir? (Superior!)
MAN. Hagan ustedes lo que quieran. Yo en cuestion de intereses no quiero ocuparme. Me repugna hablar de dinero. Yo he nacido para algo más que para contar oro.
ANIC. ¡Quién lo duda!
MAN. Y esa es mi desgracia, porque vivimos con una sociedad tan metalizada, tan rebajada, tan miserable, tan egoista, tan abyecta...
ANIC. (¡Extra-superior!)
MAN. Como dirían los ingfes.... ¡*schoking*!
ANIC. ¡Schoking?
MAN. ¿Usted no habla inglés, vecino?
ANIC. ¿Inglés?...
MAN. Yo no sé rezar si no rezo en inglés.
ANIC. (¡Pues se quedarán enterados los santos!)
MAN. ¡Dinero! ¡Qué es el dinero! Yo he tenido ocasion de casarme con el duque de *Plum*.
ANIC. ¡*Plum*?
MAN. Sí; ¡*Plum*! En inglés ciruelas.
ANIC. (¡A! sí, vamos, el duque de las ciruelas!)
MAN. ¡Un lord riquísimo, pero vulgar!
ANIC. ¡Ya!
MAN. Y con el caballero Perusi, un diplomático italiano...
ANIC. ¡Á usted la habrán querido tantos!...
MAN. Sí; pero de una manera egoista, por ser yernos de conde, por ser condes un dia... yo hubiera querido un hombre que me hubiese amado por mí, uno en quien yo no hubiera visto cálculo, sino amor, porque sin amor ¿qué es la vida?... bien lo dijo el poeta:

¡Ay! corazon sin amor
triste páramo desierto
donde no nace una flor!

ANIC. ¡Mucho!

MAN. ¿Hay dicha mayor que mirarse en los ojos del ser en quien se adora?

ANIC. (¡Y vaya usted á mirarse en un ojo como el de doña Escolástica!)

MAN. ¡Ay! vecino.... ¡Qué desgracia es tener un corazon de artista!... Bien dice mi primo el marqués de la Pelusa, que yo soy un ser tan aéreo como incomprensible!

ANIC. Y tiene razon el señor marqués de la Pelusa. Usted, señorita, es una persona distinguida que debía unirse á un hombre cuya fortuna le asegurase á usted una vida ajena á toda ocupacion material. Usted ha nacido para ir á paseo, tocar el piano, dormir en el coche y aplaudir en el palco; dar de almorzar á todo Madrid y fomentar el comercio extranjero; cantar malagueñas y hablar en todos los idiomas ménos en castellano; ese ese es el ideal de la mujer de hoy que hay que recomendar á todos los padres de familia.

MAN. Pero...

ANIC. Y para eso necesita usted un hombre... como yo.

MAN. ¡Já, já, já! pero vecino, eso es una declaracion.

ANIC. ¿Eh?

MAN. Y usted, segun creo, se va á casar esta semana.

ANIC. Sí, es verdad; pues... pues ya no me acordaba, mire usted...

MAN. ¡Don Aniceto!

ANIC. Es decir... ¡ah! si las cosas se hicieran dos veces!...

MAN. Y hace usted bien.

ANIC. ¿Cree usted?...

MAN. Sí; porque cuando se hace una boda para rehabilitara una mujer...

ANIC. ¿Qué?

MAN. Eso decían ayer en casa de la generala... no hago más que repetir... dicen que como la viuda dejó por usted á cierto estudiante...

ANIC. ¡Ah! sabían...

MAN. Como lo sabría usted de seguro...

ANIC. Yo... no sabía nada.

MAN. Conque querido amigo...

ANIC. ¿Se marcha usted?...

MAN. Sí, Aurora no sale...

ANIC. Crea usted que mi boda no está tan cerca como parece...

MAN. Eso es para que me crea lo de... já! já! já!

ANIC. Eso es para probarle á usted...

MAN. ¡Ántes, vecino, ántes!

ANIC. ¿Eh?

MAN. Ántes debió usted ver que había quien pensaba en usted.

ANIC. Pero ahora...

MAN. Pero ahora ya no es tiempo; compre usted la casa, yo no me opongo; bajaré á la boda, y cuando sea usted marqués de Casa-Voltereta ya vendré á ver á la distinguida marquesa.

ANIC. ¡Manolita!...

MAN. Porque doña Escolástica será una gran marquesa.. ¡já, já!

ANIC. ¡Oh! no!

MAN. ¡Já, já! Adios, vecino, adios, felicidades, ¡já! já! já! já!

ANIC. ¡Señorita!...

MAN. ¡Tiltu-more, vecino: Tiltu-more!

ANIC. ¡Schoking!

ESCENA XVI.

D. ANICETO.

Da dos ó tres paseos á lo largo del proscenio con las manos en los bolsillos preocupadísimo.

¡No señor! Hay cosas que no pueden ser; será muy triste decirlo, pero no por eso es menos cierto.

ESCENA XVII.

D. ANICETO, DOÑA ESCOLÁSTICA.

Esc. ¡Ay, Anicetito! ¡Pero, qué caballero es usted!

Anic. ¡Ella!

Esc. Pero, cómo me podía yo figurar...

Anic. ¡Qué!

Esc. Las noticias vuelan; ya lo sabe toda la vecindad.

Anic. ¿Pero qué?

Esc. ¡Que me va usted á comprar la casa!

Anic. ¡La casa!

Esc. ¿Se acuerda usted cuando sentado aquí me la ofreció dándome el café? Quién había de decir que tan pronto... ¡ay! qué bueno es usted, mejor dicho, qué bueno eres!

Anic. ¿Eh?

Esc. ¿Por qué no nos hemos de tutear ya, si dentro de nada... mira, aquí están ya todos los papeles, la partida de defuncion de papá, la partida de casamiento de mamá, mi fé de bautismo: Escolástica Felicitas Emerenciana Jovita... por cierto que el escribiente me ha puesto cincuenta y un años...

Anic. ¿Pero tiene usted cinnuenta y un años?

Esc. ¡No señor!

Anic. ¡Pues los curas no mienten!

Esc. ¡Quién sabe!

Anic. ¡Cincuenta y un años! ¡Señora, eso es una estafa!

Esc. ¿Cómo?

Anic. Usted me había dicho que eran treinta y seis.

Esc. ¡Pues entónces no será estafa, será un supercrece!

Anic. ¡Qué barbaridad!

Esc. ¿Cómo barbaridad?

Anic. ¡Qué abuso!

Esc. ¿Y qué importa eso para nuestro cariño? Cuando acabas de comprarme la casa...

ANIC. ¡No, no, no la he comprado todavía!

ESC. Pero la vas á comprar.

ANIC. No lo sé.

ESC. ¿Á qué es negarlo?

ANIC. ¡Y ademas... ademas... ciertamente que yo le ofrecí á usted una casa, pero no esta!

ESC. ¡Esta fué!

ANIC. Usted oyó mal. Ofrecí una casa y fué mucho ofrecer, porque no se regalan casas como se regalan cajas de dulces... Quédese usted con la que tengo en la Prosperidad.

ESC. Oiga usted, señor don Aniceto, está usted hoy como ayer dispuesto á llevarme la contraria? La casa antigua y la nueva, tan mias son como de usted en el momento en que nos casemos, y ya es tiempo de que se ocupe usted de esto y deje las obras y los proyectos políticos y todas las extravagancias que se le han metido á usté en la cabeza.

ANIC. Oiga usted, señora doña Escolástica, si me tiene usted por extravagante, creo que hace usted mal en casarse conmigo!

ESC. ¿Eso es un conato de arrepentimiento? Tenga usted el valor de sus actos.

ANIC. ¿Por qué no tiene usted el de los suyos?

ESC. ¿Y á qué viene eso?

ANIC. Viene á que no ha sido usted franca conmigo, y á que voy viendo claro.

ESC. ¡Yo en cambio no veo! Se me está irritando cada vez más!

ANIC. Cuando se han tenido en la vida... mistificaciones amorosas...

ESC. ¡Mistificaciones!

ANIC. ¡No se da lugar á que uno las sepa por tercera persona!

ESC. ¿Á quién se refiere usted?

ANIC. Me refiero á cierto estudiante con quien unían á usted vínculos que el mundo no ignora...

Esc. ¡Cuidadito con ofenderme!

Anic. Y que yo vengo á saber cuando estoy á las puertas del matrimonio.

Esc. (Llorando.) ¡Jesús, que hombre más malo!

Anic. ¡Señora!...

Esc. ¡Ofenderme de ese modo!

Anic. ¡No soy yo, es el mundo!

Esc. ¡Á mí que me llamaban en Valladolid la Penélope manchega!

Anic. Repito...

Esc. Á mí que voy sofocada cuando voy sola por la calle...

Anic. (¡Esto truena!)

Esc. ¡Á mí que por creer en él he desairado á un empleado en la *camisería* de los Santos Lugares!

Anic. ¡Pues ha hecho usted mal!

Esc. Diga usted de una vez que no quiere casarse conmigo.

Anic. ¡Pues suponga usted que lo digo!

Esc. ¡Socorro!!...

Anic. ¡Yo no puedo decir lo que no siento!

Esc. ¡Me muero!!... (Se va llorando.)

ESCENA XVIII.

D. ANICETO, FERNANDO.

Fern. ¿Qué sucede aquí? ¿Quién da voces?

Anic. Sucede que todo va como debe ir: que he roto con la tiranía de los afectos, que despues de todo es una rémora para todas las grandes empresas.

Fern. Será usted diputado.

Anic. ¿Sí?

Fern. El ministro le apoyará á usted. Los pueblos harán lo que yo quiera. Seis mil votos, sesenta mil reales, salen á nueve reales y medio. Es cosa hecha.

Anic. Perfectamente. Pues en cambio te aseguro que te has de casar con Aurora.

Fern. ¿De veras?

ANIC. ¡Choca!

FERN. ¡Ah! ¡señor don Aniceto!

ANIC. Tú con mi sobrina; yo con la hija del Conde; porque en este momento voy á pedir su mano.

FERN. ¡Bien!

ANIC. ¡Y que rabien!

FERN. ¡Qué felicidad!

ANIC. ¡Qué rabien! (Mirándose al espejo para arreglarse.)

FERN. ¡Yo estoy loco!

ANIC. ¡Qué rabien! ¡Qué rabien! ¡Estoy más jóven que nunca; ¿no sería lástima echar este cuerpecito á viudas ojiatravesadas? ¡Qué rabien! ¡Qué rabien! (Váse D. Aniceto.)

ESCENA ÚLTIMA.

FERNANDO, PEPE.

FERN. (¡Oh! ¡Soy feliz!)

PEPE. ¡Estoy desesperado! (En la puerta y como si le faltasen fuerzas para andar.)

FERN. (¡Quisiera contárselo á todo el mundo!)

PEPE. (¡Ah! ¡Si yo tuviera un amigo!)

FERN. ¡La voy á obsequiar!

PEPE. (¡La robo de sus brazos!) (Se ven.)

FERN. ¡Montero!

PEPE. ¡Vega!

FERN. ¡Mi amigo mejor!

PEPE. ¡Mi más íntimo amigo!

FERN. ¡El cielo te envía!

PEPE. ¡Qué á tiempo te hallo!

FERN. ¡Pepe de mi corazon!

PEPE. ¡Fernando de mi alma! (Quedan confundidos en un íntimo abrazo llorando. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

FERNANDO y PEPE. AURORA oye la conversacion desde la puerta.

FERN. Con ocasion de un negocio de vino de Valdepeñas tuve que venir á Alcázar de San Juan, donde el tio de don Aniceto me hizo su apoderado y representante, y desde entónces he estado yendo y viniendo de Valencia á Lóndres, de Lóndres á París, de París á Bilbao, y siempre en los negocios, siempre activo y siempre de buen humor. Yo te creía muerto porque los periódicos lo dijeron cuando el terremoto aquel de Manila; así es que al verte ahora he tenido una satisfaccion inmensa, porque tengo que contarte millares de cosas y tú me las vas á contar á mí de seguro... ¡Pero, ¿qué tienes, hombre?

PEPE. Tengo... que por no interrumpirte te he dejado hablar media hora seguida desde que nos hemos encontrado, pero como te hallo en una ocasion solemne para mí, estoy deseando decirte...

FERN. Pero, hombre, si hubieras empezado por ahi... ¿Pues qué te pasa? ¿Me necesitas?

PEPE. Sí.

FERN. ¿Algun apuro?

PEPE. No.

FERN. ¿Un desafío?

PEPE. No. Ya sabes que te debo la vida...

FERN. Y yo á tí la asistencia á mi madre. Entre tú y yo, querido Pepe, no puede haber más que una voluntad.

PEPE. Fernando, amo á una mujer con toda mi alma.

FERN. ¡Tambien yo amo!

PEPE. Y necesito robarla del seno de su familia hoy mismo.

FERN. ¡Ah!

PEPE. Quiero confiarte este caro depósito.

FERN. Vamos allá.

PEPE. Y esperar los tres meses que la ley me concede para llamarla al fin mi esposa. (Aurora se retira.)

FERN. Tú, en cambio, serás padrino de mi boda.

PEPE. Oh, sí, aunque no soy rico...

FERN. No se trata de que gastes dinero, sino de que seas el padrino.

PEPE. Lo seré.

FERN. ¿Tu novia es bonita?

PEPE. Como puede serlo la tuya.

FERN. Dicen que es lindísima.

PEPE. La mia, Fernando, es muy pobre.

FERN. La mia es muy rica.

PEPE. ¡Á la mia la conocerás de seguro!

FERN. Y tú tambien.

LOS DOS. Es la sobrina de don Aniceto.—¡Qué!

PEPE. ¡Santo Dios!

FERN. ¡Jesús! (Momentos de silencio.)

PEPE. Luego eras tú el que don Aniceto...

FERN. Luego tú eres el que me aseguró tenía un ligero pasatiempo...

PEPE. ¡Pasatiempo! ¡Si Aurora es mi vida!

FERN. Don Aniceto no me ha dicho eso.

PEPE. ¡Si la amo con todo mi corazon!

FERN. ¡Segun la pintó su tio hay por qué!

PEPE. ¿Pues si tú no la conoces, por qué la deseas?

FERN. Porque yo voy á mi negocio, cede... ¿Qué ménos puedes hacer que renunciar á ella?

PEPE. ¡Renunciar á ella! ¡Oh, no lo pienses!

FERN. No tendrás más remedio.

PEPE. La sacaré de aquí.

FERN. ¡Qué has de sacar!

PEPE. ¿Quién me lo impedirá?

FERN. ¡Todos! Yo mismo.

PEPE. ¡Tú!

FERN. ¡Yo!

PEPE. ¡Y yo te mataré!

FERN. ¡Ó yo á tí!

PEPE. ¡Vive Dios! (Yendo á coger una silla.)

FERN. ¡Qué! (Id. Pausa larga.)

PEPE. ¡Fernando!

FERN. ¡Pepe!

PEPE. Acuérdate de tu madre.

FERN. Recuerda esta herida... (Enseñando la muñeca.)

PEPE. ¡Perdóname!

FERN. Tú me has de perdonar á mí.

PEPE. ¡Ay, Fernando!

FERN. ¡Ay, amigo mio! (Se abrazan llorando.)

PEPE. Mira, si yo creyera que habias de dudar de mi amistad, pienso que...

FERN. Y si yo creyera que era un obstáculo á tu dicha...

ESCENA II.

DICHOS, AURORA, con mantilla.

AUR. ¡Cuando usted guste, caballero!

PEPE. ¡Hé aquí á Aurora!

FERN. Señorita...

AUR. Yo creía que estos disgustos se arreglarían, pero ya

veo que no hay más remedio que dar una campanada...

FERN. Pero...

AUR. Ya he oido que es usted la persona elegida por Pepe para tenerme en su casa... Yo procuraré serle á usted lo ménos molesta posible.

FERN. (¡Tiene un acento que llega al alma!)

AUR. Ya ve usted que tenemos razon. Mi tio se ha vuelto tan tirano... pretende casarme con un sujeto de quien él mismo dice que tiene facha de cartero.

FERN. ¿Cómo de cartero? (Indignadísimo.)

AUR. Sí señor; parece que es un hombre muy rico, pero con muchas pretensiones de guapo.

FERN. ¿Pero oyes esto?

AUR. Y á mí me fastidian los hombres guapos.

FERN. Consuélala, feo.

PEPE. Yo no tengo pretensiones.

FERN. ¡Vaya con el hombre!

PEPE. ¡Por Dios, Aurora, si el candidato es este!

AUR. ¡Ay, Dios mio! ¿Se habrá usted enojado, verdad?

FERN. ¡Oh, no, señorita!

AUR. Y cómo siendo usted el ..

FERN. Aurora, este caballero es mi amigo Vega.

AUR. ¡Usted!...

FERN. ¡Qué deslealtad!

AUR. ¡Usted! ¡Ah! Pues en ese caso se habrá usted negado...

FERN. Yo...

AUR. Sí, se habrá usted negado. Pepe me ha dicho siempre que es usted honrado y leal.

FERN. (Despues de pensar.) Pepe tiene razon.

AUR. Mi tio quería hacer una boda de conveniencia.—Cásate con ese hombre,—me dijo—porque como yo me voy á casar tambien, de mí no puedes esperar nada!

FERN. Y ha querido hacerme víctima de sus miserias. Sí, amigos mios, yo tengo el valor de mis defectos.—¡Qué diablos!—pensé hacer aquí la boda que voy persiguiendo; ¡pero la amistad es ántes que todo! En

cuanto á don Aniceto... me da lástima. Bien le conocía su tio.

LOS DOS. ¿Por qué?

FERN. Pronto lo sabreis. Acudid á mi hotel todos; tengo el medio de haceros á todos felices!

PEPE. ¿Cómo?

FERN. Ya lo vereis. Qué necesitais para casaros, ¿dinero? Pues yo tengo dinero. ¿Qué os ha ofrecido? rentas, coches, fortuna?. . pues yo tengo esa fortuna.

AUR. Pero, ¿cómo?

FERN. ¡Comiendo! Estas cosas hay que hacerlas desear. ¡Facha de cartero!

PEPE. ¿Qué has de tener facha de cartero?

AUR. No señor; ¿qué ha de tener usted facha de cartero?

FERN. Id, llamad á toda la familia.

AUR. Yo á Ramona.

PEPE. Yo á Andrés.

FERN. ¡Corred, ántes que vuelva!

PEPE. ¡Viva la amistad!

AUR. ¡Viva, viva! (Vánse Aurora y Pepe.)

ESCENA III.

FERNANDO, DOÑA ESCOLÁSTICA.

FERN. ¿Oh! ¡Sí! tengo el medio de hacerles felices!

ESC. ¿Dónde está ese bribon?

FERN. ¿Quién es?

ESC. ¡Fernandito!!

FERN. ¡Zuleika!!!...

ESC. (¡Dios mio! ¡Qué guapísimo está!)

FERN. (¡Jesucristo! ¡qué ruina!)

ESC. ¡Fernandito!... Quién podía figurarse encontrar á usted...

FERN. Sí, despues de diez años...

ESC. ¡De diez siglos!

FERN. (¡Volvemos á las andadas!)

ESC. Al ménos para mí...

FERN. Gracias, Escolástica, gracias.
ESC. ¡Qué tiempos aquellos!
FERN. ¿Verdad?...
ESC. ¡Cuantum mutatur *albillo*!... como decía mi difunto...
FERN. ¿Su difunto? Segun eso murió su esposo de usted...
ESC. Sí, Fernandito; estoy viuda, es decir, debía no estarlo porque mi boda con don Aniceto era un hecho...
FERN. ¡Ah! era usted...
ESC. Pero don Aniceto ha perdido el juicio.
FERN. Voy creyendo que sí.
ESC. Me deja por otra.
FERN. ¿Y quién es la otra?
ESC. La hija del Conde de la Rinconada.
FERN. ¡Ah! ¡Sí, me lo dijo!
ESC. Una señorita pobre y derrochona.
FERN. ¿Señora, si es pobre cómo ha de ser derrochona?
ESC. De lo que don Aniceto aporte al matrimonio, porque don Aniceto ya sabrá usted...
FERN. Sí, sí, lo sé todo.
ESC. ¡Y á fe que no sabe él lo que se pierde!
FERN. ¿Por qué?
ESC. Porque yo le preparaba una sorpresa.
FERN. ¿Á ver?
ESC. Hacíamos una boda por amor.
FERN. Lo creo.
ESC. Yo no le había confesado más fortuna que mis tres casas...
FERN. ¡Ah! ¿Tiene usted ahora tres casas?
ESC. Sí.
FERN. Pero... ¿de huéspedes?
ESC. No señor, de cal y canto.
FERN. Tres casas... á doce mil duros...
ESC. Pero tengo algo más que él ignora. Tengo en papel del Estado treinta y dos mil duros.
FERN. Usted...
ESC. Que le hubiera entregado al dia siguiente de la boda.
FERN. (¡Pues se conserva muy bien esta señora!)

ESC. ¡Él se lo ha perdido!
FERN. ¡Treinta y dos mil duros!
ESC. Como Salmon estuvo en el muelle de la Habana...
FERN. ¡Ya!
ESC. Pero no crea usted que hizo nada feo.
FERN. ¡El dinero no ha sido feo nunca, señora!
ESC. ¡Ay Fernando!
FERN. ¡Escolástica! (Con cómica ternura.)
ESC. ¿Cómo querrá usted creer que ese monstruo de ingratitud me ha echado en cara hace dos horas mis primeros amores con usted, que segun dice los sabe todo el mundo?
FERN. ¡Ah! ¿Él los sabía?
ESC. No sé si sabe su nombre de usted, pero como en este desgraciado asunto á usted se le conoce por *el estudiante*...
FERN. Es decir...
ESC. Es decir, Fernandito, que á pesar de los diez y ocho años trascurridos, todavía la opinion por causa de usted...
FERN. (¡Treinta y dos mil!...) La opinion, señora, quedará satisfecha!
ESC. ¿Qué quiere usted decir?
FERN. Soltero me marché, soltero vuelvo. Don Aniceto insulta, yo satisfago.
ESC. Pero...
FERN. Júreme usted que no ama á ese hombre.
ESC. Aunque le hubiera querido, ¿no he de aborrecerle viendo su conducta?
FERN. Sin embargo, usted vuelve aquí...
ESC. Vengo á pleitear.
FERN. ¡No comprendo!...
ESC. Don Aniceto me ofreció regalarme esta casa, delante de testigos...
FERN. (¡Una casa más!)
ESC. Y yo soy muy mal enemigo.
FERN. Me consta.

Esc. ¡Me sobra la razon!

Ferr. No piense usted en eso. Ya me ha dicho usted que no le ama. Me basta. Ahora dígame usted si en su corazon hay un hueco, un rincon para mí. Dígame usted que aún estoy á tiempo de cumplir como caballero, y mañana sabrá Madrid que el estudiante de marras ha salvado el Océano para venir á ofrecer á usted su corazon, su mano y su modesta fortuna, hecha con el fruto de un honrado trabajo que hizo reproductivo el recuerdo de aquella víctima inocente.

Esc. ¡Aprende, imbécil! (Al retrato.) ¡Así es como se ganan las grandes cruces!

Fern. ¿Usted tiene prometida esta casa?

Esc. Sí.

Fern. Venga usted por ella.

Esc. Pero...

Fern. Una viuda puede salir á la calle con un hombre soltero que va á ser su esposo.

Esc. Usted...

Fern. Dígame usted que no me equivoco al suponerlo...

Esc. ¡No!

Fern. Pues sígame usted.

Esc. ¿Cómo?

Fern. ¡Fíese usted de mí... Pepe!... ¡Señorita!

Esc. ¡Corriente!

ESCENA IV.

DICHOS, PEPE, AURORA, luégo RAMONA y ANDRÉS.

Aur. ¡Vamos!

Pepe. ¿Qué?

Fern. Venid en seguida. ¡Vámonos, Escolastiquita!

Los dos. ¿Eh?

Esc. ¡Ya los contaremos á ustedes!...
¡Dramas que hay en la vida!...
¡Novedades!

¡Encantadoras novedades!
¡Vamos, señora, vamos!
¡Vamos, vamos!

AUR. ¡Se conocían!

PEPE. ¡Cosa más rara!

AUR. ¿Pero acabarás de venir, Ramona?

PEPE. ¡Y eso Andrés que no sale!...

RAMONA. Yo ya estoy, señorita.

AND. ¿Y quién queda al cuidado de la casa?

PEPE. ¡El demonio! Es preciso que ese hombre se encuentre solo.

AND. Esperen un poco que voy á dejar aquí esta carta que han traido para el amo.

RAMONA. Déjasela aquí sobre la mesa.

AUR. ¡Por Dios, vamos pronto!

PEPE. ¡Vamos pronto, que es para tomar dinero! (Suena la campanilla.)

ESC. ¡El monstruo! Vámonos por la escalera de servicio.

RAMONA y AND. ¡Al momento! al momento. (Vánse.)

ESCENA V.

D. ANICETO, el CONDE, MANOLITA.

ANIC. Pasen ustedes.

MAN. ¡No, papá!

CONDE. ¡Déjame!

MAN. Por Dios, papá.

CONDE. ¡Déjame, te digo!

ANIC. ¡Manolita! ¡Señor Conde! ¿Qué ocurre?...

CONDE. Ocurre, señor don Aniceto... que por lo que veo, usted... me ha tomado por un hombre de baja estofa!...

ANIC. ¿Cómo?

MAN. Ah, papá es un hombre como ya no quedan...

ANIC. Pero...

MAN. Papá es un noble á la antigua... y eso le pierde...

CONDE. Yo lo sé todo; ha dejado usted á su prometida... por mi hija!

ANIC. (¡Le repugna eso aunque sea en beneficio propio! Qué hombre!)

CONDE. Ha desistido de una boda...

ANIC. (¡Qué sangre!)

CONDE. Qué le convenía.

ANIC. (No es azul, es de oro!)

CONDE. Yo se lo agradezco á usted... con toda mi alma... Pero ya se lo he dicho á ella; no puedo consentirlo por dos razones. La primera es, que yo no caso á mi hija con un acreedor.

ANIC. ¡Ah!

CONDE. Y mientras esta deuda exista...

ANIC. (Sacando el pagaré y rompiéndole.) Ya no existe.

MAN. ¡Ah señor don Aniceto!...

ANIC. Cuando se trata de su hija de usted, yo no reparo en picos. (¡Ahora me concede su hija!)

CONDE. Vecino... yo no podía suponer... Tiene usted más fuerza que yo... Me ha cogido usted la accion...

ANIC. Le dije á usted, que si yo tuviera dinero le rompería, y roto está. Ahora ya puede usted llamarme su yerno, y creo que ya puedo formar parte de su ilustre familia. (Pausa larga.)

CONDE. ¡Pues no puede ser!

ANIC. ¿Qué?

MAN. La fatalidad existe, querido vecino.

CONDE. No puede ser, por la segunda razon, que no la he dicho todavía porque usted me ha interrumpido.

ANIC. ¿Hablará usted?

CONDE. Mi sobrino el marqués del Mirlo, se nos ha presentado hace un instante...

ANIC. ¡Manolita!

MAN. ¡Ay! ¡Ya le dije á usted que era el amor de mi vida!

ANIC. ¡Ah!

CONDE. Nos ha dicho:—No, no creais que sé que habeis vendido la casa...

ANIC. ¡Dios mio!

CONDE. Y créame usted, señor mio, si se tratára de una per-

sona igual á usted, despues de los dos sacrificios que usted ha hecho, ¡cómo habíamos de dudar? Pero se trata del marqués, un muchacho de la más añeja nobleza.

MAN. Ilustrado...

CONDE. ¡Pariente nuestro!...

MAN. Con un apellido excepcional.

CONDE. ¡Es Ladron!...

ANIC. ¿Cómo ladron?

MAN. Sí, los Mirlos son los ladrones, los Ladrones de Guevara.

CONDE. Y comprenda usted que siendo ellos ladrones y nosotros Cuatreros...

ANIC. Es verdad; la union es una cosa de *justicia*.

CONDE. Por lo demas, nuestra amistad...

MAN. Nuestra gratitud... Crea usted, vecinito, que nunca agradeceré á usted bastante haber sido el causante de una reconciliacion con mi primo.

ANIC. Ah, yo...

CONDE. Y yo contaré á todo el mundo...

MAN. Que sea usted muy feliz con doña Escolástica.

CONDE. Debe usted casarse con ella.

MAN. Cumplir su palabra...

CONDE. Hacerla dichosa.

MAN. Adios, vecino, adios; ¡quédo de usted, invariabilísima amiga! (Vánse el Conde y Manolita.)

ESCENA VI.

D. ANICETO.

¿Esto es burlarse de mí? ¿Esto es hacer escarnio de mi persona? (Va corriendo á la puerta.) ¡No!—Se reirán doblemente. Y yo estaba haciendo el presupuesto de la vida futura... ¿Una carta para mí? ¿La habrá dejado el Conde? ¡Del gobernador de Toledo!... ¡Ah, mi eleccion! ¡Sea yo diputado, brille yo en la vida oficial, que bodas

expléndidas no han de faltarme! (Lee.) «Aunque no »tengo el gusto de conocer á usted personalmente, le »escribo para desengañarle. Ni toda la influencia ofi- »cial, ni el dinero que su apoderado de usted ha der- »ramado, son bastantes á vencer á su contrincante.— »Es este hombre tal, que donde quiera que se pre- »senta subyuga los pueblos, gana las voluntades; su »poderosa palabra enciende los ánimos; hijo de hu- »milde cuna, periodista ilustrado, hombre de ciencia, »liberal de buena fé, orador eminente y con una his- »toria honrada; este hombre sin una peseta, va cami- »nando en triunfo por todas partes. No podremos con »él, señor don Aniceto: hay en la opinion pública un »fondo de justicia invencible. Hay ocasiones en que el »talento es el verdadero tesoro, y para llegar á la glo- »ria no hace falta ninguna ser rico. He mandado qui- »tar unos carteles que los amigos del contrincante ha- »bían fijado en todas las esquinas y que decían en »letras enormes:—¡*Que me presenten á Voltereta*!»—Y para esto... para esto tengo dinero!... Para que aque- llos á quienes se lo debía carezcan de él haciéndome objeto de la más sangrienta de las burlas! Pues si el dinero no sirve para sobornar el orgullo, para fascinar á la opinion, para aherrojar la fortuna y para comprar lo que no se hereda; entónces, entónces, Aniceto, de- sengáñate de una vez, caiga la venda de tus ojos y dí que tenía razon tu tio cuando te escribía el año pasa- do, que los ricos sin talento, los millonarios sin méri- tos propios, los poderosos sin patriotismo, podrán, mientras les dure su dinero, deslumbrar á la multitud con su lujo insolente, pero la opinion, que hace siem- pre justicia, se reirá de sus alardes mientras aplaude al sábio, al modesto y al virtuoso! El talento me vence en la vida pública; la hermosura, se burla de mí en la vida privada; el amor se rie de mi dinero y no transi- ge con mi edad ni aun á cambio de mi fortuna; la amistad me estafa y me saquea... ¿Pues en quién voy

á creer? En aquellos á quienes he pagado tan mal su cariño sincero, porque ahora lo veo; yo estaba creándome una familia que he matado al nacer, y la única verdad que hay en la vida, es ésta, sí; cuando uno es feliz, todo el mundo le sobra; pero cuando se tienen penas hace mucha falta desahogarlas en el seno de séres queridos: les llamaré, les pediré perdon... ¡Aurora! ¡Ramona!... ¡Pepe!... ¡Nadie!... Nadie... ¡Solo con mis millones!... Malditos sean mis millones; maldito sea el dinero, que ciega y perturba la razon y agota el sentimiento humano!

ESCENA VII.

D. ANICETO, DOÑA ESCOLÁSTICA, PEPE. AURORA, ANDRÉS, RAMONA.

ESC. ¡Pero que pillin es usted, Anicetito!

ANIC. ¡Doña Escolástica!

ESC. ¡Espere usted!—¡Venid! Está aquí...

ANIC. ¿Qué?

AUR. ¡Ay, querido tio!

PEPE. ¡Ay, señor don Aniceto!

RAMONA. ¡Ay, señor!

AND. ¡Ay, amo de mi alma?

ANIC. Pero, ¿qué sucede, hijos mios!

PEPE. ¿Hijos mios?

ESC. Que ya he recibido la cantidad equivalente al precio de la casa.

PEPE. Y yo el dinero para comprar el coche.

ANIC. ¿Eh?

AUR. Y yo mis cuatro mil duros.

ANIC. ¿Pero qué es esto?

ESC. Don Fernando nos ha llevado á su hotel, y en nombre de usted nos ha probado que es usted el más estimable de los españoles pudientes.

ANIC. ¿Pero cómo es posible?...

Todos. ¿Eh?

Anic. ¿Quién es él para disponer de lo que no es suyo?

Aur. Pero...

Anic. ¡Cómo es posible que yo sea tan pródigo que tire así medio millon de reales! Me había de pedir Dios cuenta de ello... No, hijos mios, no; vosotros mismos me dareis la razon, y si mi pobre tio levantara la cabeza, me echaría en cara...

ESCENA VIII.

DICHOS, D. FERNANDO, el NOTARIO.

Fern. Pase usted adelante.

Todos. ¿Eh?

Fern. Si su tio de usted volviese á la vida nos había de decir que estaba satisfecho de su obra, porque él le conocía á usted tan bien como lo prueba su testamento.

Anic. ¿Á que me vais á volver loco entre todos?

Fern. Siéntense todos. Aquí el Notario. Y ántes de que se lea ese testamento un poco estrafalario, porque el difunto tenía tan buen humor como buen sentido... yo he de declarar aquí lo que con toda seriedad me dijo la víspera de su muerte al encargarme de ser su albacea.

Anic. Me están entrando sudores de muerte.

Esc. Pues vea usted; hoy estoy yo mejor que nunca.

Fern. Me dijo:—mi sobrino es muy egoista.

Anic. ¿Eh?

Fern. Muy ambicioso.

Anic. ¿Yo?

Fern. Muy vanidoso.

Anic. Pero...

Fern. Y muy tonto.

Anic. Vuelvo en seguida.

Fern. ¿Á dónde va usted?

Anic. ¡Á quitarme el luto!

Fern. Aguarde, aguarde.—En prueba de lo que digo, he dis-

puesto que mi testamento se abra al mes de mi muerte. Le dirás que ha heredado toda mi fortuna.

ANIC. ¡Qué!!

FERN. Dejale hacer y verás cómo él no ha sabido ser rico, y cómo yo he sabido ser pobre.

ESC. Pues señor, ese caballero tenía mucho talento.

ANIC. ¿Cuál, es, pues, mi fortuna?

FERN. Quince mil duros que yo he dado á usted hace un mes y que usted se ha gastado en todo ménos en hacerse amar de las gentes.—Ahora va usted á ver cómo el hombre desinteresado y generoso sabe hacer uso del dinero que produce el trabajo y la economía.

NOT. (Leyendo.) In Dei nómine...

TODOS. Etcétera.

NOT. En la villa de Alcázar...

TODOS. Etcétera.

NOT. Yo, don Aniceto Martinez...

TODOS. Etcétera.

NOT. Dejo á mi sobrino Aniceto quince mil duros, de los cuales ha de emplear cinco mil en obras de beneficencia.

ANIC. Los añadiré á los tres mil...

ESC. Eso sí,

FERN. Sí, sí, pero yo lo haré, porque usted no entiende de estas cosas.

NOT. Á mi querido amigo Fernando de la Vega, treinta mil, rogándole asímismo que dedique la mitad á obras buenas...

ANIC. Pues mira, lo que debes hacer...

FERN. (Llevándoselo aparte.) (¡Chist! ¡Los acabo de repartir entre todos estos, diciendo que es usted quien lo hace; ¡silencio! ¡Ya ve usted que he cumplido lo que él me ordena!)

ANIC. ¡Tú!... Fernando, abrázame! Señores, yo deseo...

FERN. ¡Por Dios!...

ANIC. Pepito, usted llevará ese pico, y me hace usted favor de que se ponga á nombre de X! ¡Nada! X, cinco mil duros; si estoy aprendiendo ahora muchísimas cosas!

NOT. Continúo.—Dejo un millon á mi país natal para sembrar la Mancha de pinos.

ESC. ¡Hombre, buena idea!

ANIC. Si yo fuera rico la sembraría de naranjos.

ESC. Como no metiera usted la cabeza en tierra...

NOT. Medio millon para subvencionar el Teatro Español.

TODOS. ¡Bien!

NOT. Otro medio millon para premios á los mejores actores.

TODOS. ¡Muy bien!

NOT. Y medio para un hospital de poetas.

PEPE. Ese los conocía.

NOT. Sesenta mil duros para fundar ateneos.

TODOS. ¡Bravo!

NOT. Sesenta mil para el ministro que suprima los toros.

PEPE. Hombre, no.

ESC. ¡Eso no puede ser!

AND. ¡Qué barbaridad! (Hablan todos á un tiempo protestando.)

NOT. Diez mil duros para educar cocheros.

TODOS. Eso está bien.

NOT. Es mi voluntad que los premios al talento, las protecciones á las artes y los estímulos á ls industria se hagan en mi nombre para que se sepa que hay un español rico amante de su patria, y que las obras de caridad se hagan sin que mi nombre suene, porque no quiero que parezcan alardes de vanidad hipócrita é interesada.

FERN. Este es don Aniceto.

ESC. Es decir, don Aniceto el bueno.

ANIC. ¡Señora!

ESC. Más bueno que usted, que cuando era un sujeto oscuro nos ofreció el oro y el moro, y luégo...

ANIC. Fuí como la mayor parte de los hombres, aunque no todos; pero yo estoy dispuesto á cumplir con usted.

ESC. No, gracias, ya no es tiempo, porque aquel estudiante de marras ha parecido.

ANIC. Eh?

ESC. Aquel que tuvo... mistificaciones amorosas conmigo.

FERN. ¿Cómo mistificaciones? ¿Qué es eso de mistificaciones? ¡El estudiante no ha mistificado á nadie!

ANIC. ¡Vaya, hombre, pues no te alteras poco, caramba!

FERN. ¿Pues no me he de alterar si soy yo?...

ANIC. ¡Tú! ¡Ah pillo! por eso le has dado la casa!

FERN. Naturalmente. Los negocios se hacen así.

PEPE. Efectivamente, eso es un negocio.

ANIC. Pues nada, figurémonos que yo he soñado. ¿No les dije á ustedes; vamos á soñar, el dia de mi santo? Pues póngase la mesa, comamos juntos, brindemos á la salud de los felices y séanlo ustedes. Mi sobrina se casa con usted, usted se casa con el señor, tú te casas con esta, y yo, para que en el mundo no haya justicia, soy el que salgo ganando despues de todo

TODOS. ¿Por qué?

ANIC. ¿Pues por qué ha de ser? ¡Porque no me caso!

PEPE. ¡Siempre el egoista!

ANIC. Y si alguna vez tengo dinero...

TODOS. ¿Hombre, se quiere usted callar?

ANIC. No señora, porque voy á hacer una reflexion: si tengo dinero seré como la mayor parte de los ricos improvisados y volveré á probar lo que he estado probando hasta ahora.

TODOS. ¿Qué?

ANIC. Que todos somos muy generosos... con el dinero ajeno.

FIN DE LA COMEIDA